

MEMORIA

SILENCIADA

Organització de colors

Alzheimer:

- Síntomes
- Etapa lleu
- Etapa moderada
- Etapa més greu
- Exercicis Alzheimer

Estructura:

- Narrador
- Simbologia
- Tema

Personatges:

- Alter ego
- Protagonista (femeni)
- Protagonista (masculí)

Canadà:

- Espai
- Hockey
- Natació
- Sanitat
- Educació
- **Art teràpia**

*A todas las personas que no pudieron salvar
sus recuerdos, y para aquellas que lo vieron en
silencio.*

Desde la primera letra hasta el último punto va dedicado a mi abuela, mi segunda madre.

Te prometí que escribiría un libro con tan solo siete años, tú dijiste que serías la primera en leerlo. Prometo leerte todo aquello que con las palabras no supe decirte.

Aunque sé que voy tres años tarde, prometo traer cada uno de nuestros recuerdos compartidos, sin importar que tu memoria se haya visto silenciada.

Quérote moito.

Playlist

- 1.** Sufjan Stevens —*Mystery of Love*
- 2.** David Bowie —*Starman*
- 3.** Billy Joel —*Piano Man*
- 4.** Birdy —*Wings*
- 5.** Olivia Rodrigo —*Making the bed*
- 6.** Seafret —*Atlantis*
- 7.** Pearl Jam —*Black*
- 8.** Olivia Rodrigo —*Can't Catch Me Now*
- 9.** Pink Floyd —*Comfortably Numb*
- 10.** Famy —*Ava*
- 11.** The Beatles —*Let It Be*
- 12.** George Ezra —*Hold My Girl*
- 13.** Sydney Rose —*We Hug Now*
- 14.** The Smiths —*Please Please Please Let Me Get I Want*
- 15.** Olivia Rodrigo —*The grudge*
- 16.** The Fray —*You Found Me*
- 17.** Oasis —*Wonderwall*
- 18.** Djo —*End of Beginning*
- 19.** Coldplay —*Yellow*
- 20.** Sufjan Stevens —*Fourth of July*
- 21.** Noah Cyrus —*July*

- 22.** Olivia Rodrigo —*Enough for you*
- 23.** Noah Kahan —*Stick Season*
- 24.** Olivia Rodrigo —*Lacy*
- 25.** Oasis —*Married With Children*
- 26.** Gigi Perez —*Sailor Song*
- 27.** The Smiths —*Back to the Old House*
- 28.** Sleeping At Last —*You Are Enough*
- 29.** Paula Guarnido —*Grey Hair*
- 30.** Radiohead —*Let Down (Remastered)*

Capítulo 1

Crecí con el olor del mar en mi cabello marrón, con la tierra entre los dedos de mis pies, con mis ojos verdes transformados en rojo por abrirlos bajo el agua, con más bañadores que vestidos, con las manos sucias y llenas de masa para galletas, y con la risa que solo me lograba sacar mi abuela.

Las pecas por el sol y las rodillas raspadas de pasarme todo el día jugando en el jardín.

Me encontraba flotando en el mar boca arriba, inmóvil, viendo cómo el sol se ponía. El agua estaba fría, pero eso jamás fue un problema, me hacía activar todos los sentidos, como cuando tienes miedo y sientes que puedes ver en la oscuridad.

Me hacía sentir viva.

—¡Peyton! ¡La cena está lista! —escuché cómo me llamaba mi abuela Lottie, y decidí que era hora de irme.

Siempre habíamos vivido juntas.

No solo era mi abuela, sino mi mejor amiga, aquella a la que nunca le había ocultado nada, porque nunca hizo falta.

Nos complementábamos muy bien, no había ni un solo buen recuerdo donde ella no apareciese. Siempre fuimos ella y yo, y pensé que siempre sería así.

Salí del mar en busca de mi toalla vieja y marrón, ella la tejió para mí cuando yo apenas tenía tres años. Llevaba mi nombre bordado al lado de una pequeña estrella, la cual ahora parecía marrón, pero en su momento fue de un precioso color coral.

Antes de entrar a casa decidí ducharme al lado de la piscina. Mi abuela odiaba que llenase el salón de arena.

No solía hacerlo adrede, pero digamos que era bastante despistada y siempre iba con prisas, así que lo de ser un torbellino me llevaba acompañando toda la vida.

Nada más puse un pie en casa me llegó el olor de la comida, era increíble la magia que tenía al cocinar algo, siempre llevaba un toque de cariño, el cual hacía que supiera mejor. No sabría decir cuál era mi plato favorito, había tantos que me resultaba imposible escoger.

—Ten, ponte esta camisa y siéntate a cenar —me dijo ella extendiendo una vieja camisa del abuelo. Tenía un par de agujeros y aún podía oler su peculiar perfume en ella.

Digamos que mi abuela llevó bastante mal el hecho de que el abuelo muriera. Solía llorar por las noches, echando de menos su presencia en la cama. Iba a hacerle compañía, no me gustaba verla mal. Supongo que era su respiración entrecortada la que me despertaba, tal vez fue el brillo que siempre adornaba lo

que una vez fue una mirada de amor, lo que me llamó para que fuese a intentar ocupar aquel lugar.

Llevaban toda la vida juntos e imaginarte una vida sin el amor de la tuya, debió ser bastante complicado. Pero no dejaba que lo pensase mucho, siempre hacíamos planes y eso parecía distraerla. Aunque para ella fuese un secreto, sé que de vez en cuando aún lloraba su ausencia.

Era inevitable hacerlo, hicieron todo juntos, todo lo que permanecía en esa casa tenía un pequeño trozo del abuelo.

—Mañana saldré con Bri —me informó ella.

Brielle y ella eran muy buenas amigas desde la infancia. Nunca se habían separado. Si fuese por ellas, incluso hubiesen vivido en la misma casa.

Cada viernes solían quedar para irse de copas, algo que para ellas con los años no había cambiado. Decían que su cuerpo era el que había envejecido, su alma siempre sería joven.

—Está bien, seguramente vendrán Brody y Molly. —Ella asintió sin reprochar nada.

Éramos amigos desde el primer día en el que cruzamos miradas. Con tan solo vernos sabíamos que íbamos a ser muy buenos amigos. Fue como un pacto que con tan solo siete años prometimos no romper.

Para Lottie eran unos nietos más. Ella procuraba estar siempre por y para ellos.

—Os dejaré unas galletas, sé que a Brody le encantan —explicó ella con una sonrisa—. ¿Cómo llevas los entrenos?

—Bien, lo único que me molesta es que acabamos bastante tarde, pero por lo demás va todo muy bien.

Sabía incluso antes de aprender a andar.

Ser competitiva y amar el agua era lo mejor que tenía, y según mi entrenador, también mis largas extremidades.

Empecé natación porque a mi abuela le preocupaba la gran cantidad de horas que pasaba en el mar, así también podría hacer nuevos amigos y no depender únicamente de mis dos amistades.

Aunque su deseo no se cumplió, conocí a gente, pero jamás pude abrirme como con ellos dos, honestamente no creía que eso volviera a ocurrir.

—Bueno, poco a poco. Ahora come y luego vete a dormir, sino mañana no te levantarás —me contestó. Yo asentí llevándome la primera cucharada a la boca.

Lottie tenía el gran don de la palabra y no porque siempre tuviese algo que decir, sino porque todo lo que decía hacía que sonase bien, conseguía que creyeras todas sus palabras. Aunque estas fuesen de lo menos convincente.

Capítulo 2

Jamás me consideré una persona desafortunada, de hecho tenía todo lo que mucha gente desearía. Pero supongo que durante mi vida debía afrontar diversas adversidades.

No contaba con lo de mis padres. Una mujer y un hombre que tenían el suficiente tiempo para preocuparse por todo el mundo menos por su propia hija, estaba orgullosa de la labor que hacían ayudando a los demás, pero no lo estaba de su labor como padres, el cual nunca llevaron a cabo.

Lottie siempre se encargó de hacer que olvidase su ausencia. Las sillas vacías en mi cumpleaños o los mensajes sin enviar en Año Nuevo. Ella cogió ambos papeles sin queja alguna. Nunca me di realmente cuenta de lo que era para mi vida, siento que jamás la aprecié y agradecí lo suficiente.

Ya habían pasado dos años desde que la habían diagnosticado Alzheimer, una enfermedad que iba matando cada uno de sus recuerdos silenciosamente.

Recuerdo cada palabra del médico con exactitud, su cara, mi pulso, cómo la garganta se me secó y mi mundo se paró.

Cómo lo vi todo borroso y húmedo. Sobre todo su cara, la cara de mi abuela. Cómo me sostuvo la mano y me prometió que todo iría bien.

Fue extraño, porque por primera vez sus palabras no me sonaban creíbles.

No podía seguir adelante, no sabía cómo ayudar a la persona que había dado todo por mí. No encontraba las palabras, simplemente me quedé en silencio, y aunque no se escuchó, mi vida se vino abajo.

Al principio hacía vida normal, mantenía una rutina, tenía unos ejercicios para entrenar su memoria, como leer. Yo los necesité para entrenar mi mente, para prepararme para todo lo que se nos venía encima.

Ella era la más positiva, nunca la vi llorar o poner una mala cara, siempre estaba riendo.

Cuando la enfermedad avanzó comenzó a ir al centro de día. Ella llegaba a casa cuando el sol estaba a punto de ponerse y desde entonces esa fue su rutina. Se levantaba, la pasaban a buscar, y volvía.

Me gustaba pensar que ella no era del todo consciente de lo que sucedía, cómo su rutina cambió, cómo ya no solía ir a dar paseos con su mejor amiga y apenas cocinaba o venía a contarme historias de su juventud.

Todo aquello que fue creando como rutina durante años, en unos meses se derrumbó. Yo lo vi desde lejos, sin poder hacer nada.

Desde entonces, me encargaba de la cena, de la comida, de tener el jardín la mitad de bonito que ella solía tenerlo, de ir a dar esos paseos con su mejor amiga y de recordar con algo de pena sus historias.

La casa se sentía vacía en su ausencia.

Sinceramente, aún no era muy consciente de cómo reaccionar. ¿Cómo se supone que debía reaccionar?

La gente esperaba que fuera fuerte, que la sonrisa en mi cara no desapareciera. Pero no eran conscientes de que mi única familia era ella. Mi mundo era ella.

Ella no era la culpable de nada, no tenía sentido enfadarme.

Ver que ella hacía vida normal me relajaba. Me tranquilizaba pensar que ella ya no recordaba a qué se debía mi tristeza, mis lágrimas y mi bajo estado de ánimo.

El médico me dio el teléfono de un psicólogo, supongo que viendo mi situación lo vio necesario. Solo iba mensualmente, debía admitir que me había ayudado mucho. No me gustaba molestar a los demás con mis problemas, así que tener un sitio donde poder expresar todo lo que tenía guardado me iba bien.

Me ayudaba a sobrellevar la situación, aunque muchas veces la situación me sobrepasase.

—Pey, ¿estás aquí? —Mi mejor amiga pasó una mano por delante de mi cara e hizo que reaccionara.

Últimamente tenía la cabeza en todos lados menos en donde debía estar.

—Sí, perdón. ¿Qué decías? —pregunté con una sonrisa.

—Que si has estudiado para el examen. —me limité a asentir. Aunque en el fondo me preguntaba de qué examen estaba hablando.

No solía sacar malas notas, digamos que no era mi gran pasión pasarme horas estudiando cosas que seguramente en el futuro no iba a necesitar. Aunque sabía que muchas otras sí, la gran mayoría las encontraba irrelevantes.

—No sé por qué le preguntas si es evidente que sí. —Me molestó Brody haciendo que sonriera levemente.

—¿Venís esta tarde a mi casa? —pregunté, evadiendo hablar sobre el instituto, ambos accedieron, como de costumbre.

Cuando el timbre sonó nos despedimos. Cada uno íbamos en direcciones opuestas.

Aunque odiase el hecho de no compartir muchas clases con ellos, sabía que era mejor que estar los tres juntos. No hablábamos tanto y así nos peleábamos menos. Aunque por culpa de eso las clases se me hacían eternas.

Los números parecían hablarme, las letras me amenazaban y las ecuaciones me apuntaban con lanzas.

Deseando que por fin acabasen y pudiese empezar el fin de semana.

El timbre sonó indicando mi libertad limitada.

De camino a mi coche recordé que debía ir a ver a Bri. Mencionó que tenía que pasarme por su casa a por unas cosas que había encontrado la anterior tarde.

Me subí en mi coche, un Ford Bronco, fue un regalo de mis padres en mi último cumpleaños, según ellos no podían venir porque estaban en Kenia. Aunque eso fuese cierto, el hecho de llenarme de cosas materiales no cubría la ausencia que habían decidido implantar.

Puse *Starman* de David Bowie en la radio, un *temazo* de uno de los mejores cantantes de todos los tiempos. Finalmente empecé a conducir hacia casa de Bri.

Desde pequeña había amado viajar en coche. Amaba mirar por la ventana, ver el paisaje e imaginar mil cosas. Resultó entretenido y eficaz. Los viajes de una hora pasaron a ser de quince minutos. Era el efecto que tenía, la música suprimió minutos largos, vacíos y pesados.

Nada más llegué aparqué el coche. Vi cómo ella salió de su casa emocionada y con los brazos bien abiertos.

A pesar de que Bri ya tenía setenta y un años, mantenía a la perfección su larga melena, ahora cubierta de canas, que algún día fue rubia y cobriza.

Ella siempre iba a la última, tenía más sentido de la moda que la gran mayoría de jóvenes.

—¿Cómo estás? —me dijo ella mientras parecía querer asfixiarme en un abrazo—. Te he preparado algo para merendar.

—No hacía falta.

—Claro que sí. Pasa, cariño.

Aunque durante su vida tuvo miles de hombres, jamás se llegó a casar. Siempre decía que nunca un hombre sería capaz de darle lo que merecía, un amor sincero.

Mi abuela y yo solíamos reírnos de sus frases de desamor, sabiendo que en lo más profundo era algo que añoraba. Sentirse amada y deseada.

Su última pareja le fue infiel y desde entonces no quiso volver a saber nada de compromiso. Mucho menos quiso volver a conocer a alguien.

Se centró en ella, en otorgarse todo lo que un día esperó que otra persona le diese.

Al final, un final doloroso y amargo, comprendió que lo que tanto deseaba podía dárselo ella misma.

No siempre podíamos esperar que alguien más allanase nuestro camino, de ser así harían lo contrario, poner más piedras.

Solo tú eres quien puede darte todo lo que quieres. Porque el amor empieza ahí, amándose a uno mismo.

—El otro día haciendo limpieza me encontré con unas cuantas cosas y quería que las vieses.

Al entrar al salón vi en su mesa una caja vieja llena de cosas más de cuando era pequeña.

La caja morada, estaba decorada con botones, hilos y pegotes de purpurina. Sobresalían telas de ropa, envolturas de chocolates y fotografías. Momentos capturados en un trozo de plástico.

—Aún me acuerdo de este delantal —sonreí mientras cogía aquel pequeño trozo de tela, que seguía manchado de comida.

—Tu abuela casi te mata —dijo ella haciendo que recordase por qué tenía una parte quemada.

«Observaba atentamente cómo mi abuela cocinaba, cortaba y mezclaba.

Mi mirada iba de la derecha a la izquierda y de la izquierda a la derecha, así sucesivamente.

—¿Cuándo podré cocinar como tú? —le pregunté aburrida en el sofá.

—Cuando seas más mayor y te comas toda la verdura del plato —respondió mientras se llevaba un trozo de zanahoria a su boca.

—Yo quiero hacer tus recetas —protesté mientras me ponía en pie acercándome a ella.

—El día que ya no esté te las daré —dijo ella con una dulce sonrisa—. Ahora vengo.

Odiaba que hablase de cuando ella ya no estuviese, odiaba pensar en cuando ella no estuviese. No sabía qué iba a ser de mí.

Me acerqué hacía la sartén, de la cual volaba aceite. Extendí mi mano para coger un trozo de carne y cuando la sentí arder no evité emitir un chillido.

Mi abuela y Bri entraron corriendo a la cocina.

—¿Cuántas veces te he dicho que no te acerques al fuego? —me riñó Lottie—. Déjame ver. —Extendí mi mano ocultando mis ojos aguados.

—Dame el delantal, Pey —me pidió Bri, y con un pequeño puchero se lo di».

Echaba de menos cocinar con ella.

Capítulo 3

Hacía apenas una media hora que había llegado mi abuela del centro de día y no encontrábamos su móvil. Habíamos buscado en cada rincón de casa, en su bolsa e incluso fuera, en la entrada, por si se le había caído. Pero nada, ni rastro del móvil.

No era prescindible que ella lo tuviese, pero eso le daba más libertad.

—No sé dónde lo he puesto —me dijo ella aún preocupada.

—No pasa nada, ya aparecerá. —Intenté despreocuparla con una sonrisa, restándole importancia—. Vamos a cenar, he preparado tu plato de pasta favorita.

Cuando tuve que empezar a cocinar cogí su libro de recetas y empecé a hacerlas.

De pequeña pensaba que el día que heredase el libro ella cocinaría conmigo, no pensaba en la posibilidad de aprender a hacerlas sin ella.

Sabía que jamás me saldrían idénticamente a las de ella, pero hice el intento.

Antes de que yo pudiera sentarme en la mesa el timbre sonó.

—Voy yo. —Ella se puso en pie. Coloqué mi mano en su brazo, el cual apoyó para levantarse, impidiendo que lo hiciera.

—Ya voy yo, no te preocupes. Ahora vuelvo —dije, haciendo que ella se sentase de nuevo.

Una vez abrí la puerta, mi cara pasó de cansancio a asombro en un instante.

Creo que me había perdido mucho en mis pensamientos o alguien debía explicarme por qué se encontraba el capitán del equipo de *hockey* en mi casa, y la gran pregunta era por qué él también lucía sorprendido.

—¿Qué necesitas? —Mi voz sonó más grave de lo normal. Escondiendo en ella todas las dudas que me habían surgido en menos de un minuto.

—Creo que esto es de tu abuela. —Me extendió el teléfono de Lottie.

Ya era rara la situación, y al verlo con el teléfono de mi abuela en su mano izquierda me sorprendí más.

¿Lo había robado? ¿Tal vez lo había encontrado tirado?

—¿Por qué lo tienes tú? —pregunté dudosa.

Me parecía sumamente extraño que su móvil acabase en manos de él y que encima supiese dónde vivíamos.

—Se lo ha dejado en la residencia y he decidido traerlo —explicó él y yo asentí intentando atar cabos, cosa que me fue imposible—. Trabajo ahí —añadió él y todo cobró más sentido.

Aunque sinceramente no acababa de entender qué hacía él trabajando en una residencia. No parecía que lo necesitase. Por lo que había escuchado estaba forrado.

Mi mirada le dio un buen repaso. A decir verdad no era feo, ni mucho menos, era alto, estaba bastante fuerte, sus rizos castaños caían en su rostro y su cuerpo estaba bañado en tinta, era difícil saber dónde no tenía un tatuaje.

No era momento de buscar un espacio en blanco en su cuerpo. Quería saber el por qué trabajaba ahí.

—¿Estás bien? —me preguntó haciendo que volviese a la realidad.

—Eh, sí, muchas gracias por traerlo —agradecí con una sonrisa.

—No es nada. Tu abuela siempre habla de ti —explicó con una pequeña sonrisa. Mis dos cejas se levantaron a causa del asombro.

—¿Sí? —dije aún un poco despistada.

—Buenas noches. —Apareció mi abuela detrás de mí—. ¿Nos conocemos? Me suenas mucho.

Si yo amaba enterarme de todo, había alguien que me superaba. Era Lottie, siempre quería saberlo todo. Y más aún cuando un hombre aparecía a esas horas en nuestra casa.

—Por las tardes jugamos a juegos de mesa juntos —le habló él con un tono más dulce.

—¡Ya me acuerdo! Eres el que siempre pierde. —Ella rio, contagiándome su risa, Lottie siempre había sido muy competitiva, lo había heredado de ella.

—Todos temen jugar contra ella —me explicó a mí haciéndome sonreír—. Nos vemos mañana, Lottie y... —Esperó a que yo le dijese mi nombre.

—Peyton —añadí esta vez con una sonrisa.

—Y Peyton —me sonrió.

Después de eso él se dio media vuelta, en dirección a su coche, yo me limité a cerrar la puerta.

Aún hecha un mar de dudas decidí volver a la mesa. Donde nos esperaba la cena ya fría.

—Qué chico más guapo. —Mi abuela me sonrió mientras me hacía ojitos.

—Vamos a cenar —reí mientras negaba.

Una vez acabamos de comer, Lottie tomó sus pastillas y la acompañé a su cama. No costó mucho que ella se durmiera, nunca había tenido problemas para hacerlo.

Después de eso me fui a mi habitación dispuesta a acabar los deberes que me habían dejado de Lengua, tenía la maravillosa costumbre de dejarlo todo para último minuto.

Supongo que era porque creía que el día tenía cien horas y no veinticuatro.

Antes de que saliera el sol ya estaba en pie, no me funcionaban las alarmas, siempre me levantaba antes de que sonaran. Al bajar al comedor vi que los rayos empezaban a deslumbrar la encimera, los pájaros cantaban las primeras melodías y el mar empezaba a verse azul.

Cuando ya habían recogido a mi abuela me dispuse a ir al instituto, se encontraba a una media hora de mi casa y normalmente no solía haber mucho tráfico.

Mientras sonaba *Piano Man de Billy Joel* en mi radio yo memorizaba todo lo que iba a entrar en el examen de historia de ese día.

Siempre se me había dado bien, al final estudias cosas que han pasado. Es importante para entender la actualidad, para saber el por qué hoy somos así y hemos evolucionado.

Si mi profesor no fuese un hombre a punto de la jubilación, el cual había perdido la ilusión de su vocación, tal vez me gustaría más.

Cuando ya me encontraba aparcando mi coche pude ver a mis mejores amigos esperándome en la puerta. Ellos solo tenían que coger un bus y llegaban al instituto.

Antes de bajar me di un tiempo para respirar, no quería que ellos me vieran mal, no tenía una cierta razón para estarlo, aunque a veces no podía ocultarlo, pero prefería luchar yo sola mis guerras internas.

Capítulo 4

Desde pequeña había amado las fiestas. Ya fuesen cumpleaños, bodas o simples celebraciones por cosas absurdas.

Amaba observar a la gente reír, bailar y disfrutar, se olvidaban de sus problemas con el único fin de divertirse y evadirse de la fuente triste que muchas veces les salpicaba. Era algo que admiraba, como aun teniendo una vida complicada, veías a gente aparentemente feliz con sus amigos, aparentando solo por unas horas que todo estaba bien, que tú mismo lo estabas.

Eso era lo que me disponía a hacer ese día.

Lottie se había quedado con Bri, ella me había dicho que yo también merecía salir y divertirme una noche. Mis dos mejores amigos apoyaron su idea, siendo sincera también me apetecía salir una noche, poder olvidarme de todo y ser aparentemente feliz.

La fiesta era en casa de Nolan Glass, otro jugador de *hockey*. Aunque su gran pasión no era el hielo de la pista, sino el hielo que habitaba en las bebidas.

Era bastante popular, bueno, era casi imposible pertenecer al equipo sin serlo, con tan solo decir que jugabas ahí ya era motivo suficiente para ascender socialmente. Nuestro instituto era conocido porque de cada generación había un par de jugadores que acababan en la CHL, la liga profesional de *hockey* en Canadá.

—Pey, vamos a por algo de beber. —Molly me tiró del brazo llevándome a la cocina.

Aunque parecía que habíamos llegado a tiempo, ya había un par de personas que iban bastante mal, lo extraño era que no fuese uno de mis amigos.

—Hoy vas a beber —me dijo Brody haciéndome negar al instante—. ¿Qué había dicho Bri, Molly?

—Eres muy joven, tienes que salir y disfrutar, tu abuela dormirá hoy conmigo, no te preocupes por beber —mi amiga imitó a Bri.

—Si una sabia te lo dice, debes obedecer —insistió mi amigo mientras me extendía un vaso.

—Solo un poco. ¿Qué se supone que es esto? —pregunté mientras miraba el líquido azul de mi vaso.

—Ginebra con algo —dijo restándole importancia.

Sin dudar mucho me llevé el vaso a mis labios y solo me bastó con un trago para saber que aquello no era ginebra.

—Está muy bueno —dije yo mientras daba otro sorbo.

—¡Ha vuelto mi borracha favorita! —exclamó él haciéndome reír.

Al final debía tomarme en serio las palabras de Bri.

Al cabo de un rato ya no sabía cuántos vasos llevaba, ni siquiera qué hora era, mi móvil tenía batería, pero era mi vista la que no era capaz de ver los números.

Ahora había más gente, tanto que intentar moverse era imposible. La gente empezó a agobiarme.

No duré mucho más en la fiesta, acabé saliendo al balcón a coger aire porque si no empezaría a llorar, no sabía cuál era el motivo, pero ya no era el hecho de que me vieran, sino el explicar el porqué estaba así.

Que se suponía que iba a decir, que estaba cansada no, mal. Que no entendía el por qué estaba llorando, que este sentimiento de pena llevaba años atado a mí.

Se me había olvidado que el alcohol también te ponía triste.

Abrí mi bolso en busca de aquella caja metálica, la cual juré no volver a tocar. Encendí un cigarro para ver si así mis ganas de llorar desaparecían.

No solía fumar, solo cuando papá y mamá se volvían a ir sin avisar.

Pero lo dejé de hacer porque aquello se volvió costumbre, los billetes de ida sin vuelta, las despedidas por mensaje y a veces ni eso. Supongo que acabé acostumbrándome a que ellos no estuviesen presentes en mi vida.

Ahora que mi abuela estaba mal no sentía que hubiese nada que me atase aquí, a mi ciudad.

Mi única razón de ser desde que era pequeña era ella y ahora, aunque no fuese mañana y seguramente pasarían unos años hasta que ya no me lograra recordar, iría perdiendo cada uno de nuestros recuerdos compartidos, aquellas tardes en la playa cuando caminábamos mientras reíamos, cuando dormíamos juntas después de ver una película, todo aquello se desvanecería.

Siempre había sido fiel creyente de aquella frase que decía «en la memoria nadie muere», pero cuando la memoria se ve silenciada se supone que... ¿Desapareces para esa persona?

Me negaba a creer en ello, me aferraba al sentimiento de que aún, en lo más profundo de su corazón, seguía siendo su niña pequeña, a la que hacía cosquillas hasta ver una sonrisa sincera en su rostro.

Todo era una mierda, una mierda sin sentido. ¿Por qué ella?

Lottie siempre había sido todo para mí, todos en la ciudad la conocían y jamás nadie había podido decir una mala palabra de ella.

Era tan injusto verla así, ella no se daba cuenta de que siempre que me decía buenas noches, al cerrar la puerta lloraba desconsoladamente, deseando que jamás se le olvidase de darme las buenas noches con un beso en la frente.

Cuando me abrazaba se me escapaba alguna lágrima, no quería que me viese mal porque me preguntaría el porqué estaba así.

Pero cómo podía decir que por primera vez la causante injustamente de mi dolor era ella, o más bien aquella maldita enfermedad.

Me giré para ver a toda la gente bailando, cantando o simplemente hablando. Me sentía tan alejada de la realidad, era como si nada de eso fuese real, de la noche a la mañana todo cambió. Había tenido que cambiar, por primera vez tenía que fingir que estaba bien delante de quien siempre me dio su hombro para llorar, quien nunca me dio su espalda.

Era como ver la vida pasar sentada en una silla, esperando a que alguien dijese mi nombre y por fin me levantase para dejar de observar y empezar a sentir de verdad.

Volví a apartar la mirada al notar que una lágrima empezaba a viajar por mi rostro.

Frustrada, la limpié con el pulgar.

Le di otra calada al cigarro mientras me sentaba en un muro logrando así ver todo Vancouver iluminado, todos los coches que circulaban junto a cada casa. Cada una con una vida paralela a la mía, con problemas ajenos y diversos a mí.

Una pregunta apareció en mi cabeza, la cual logró que lo que antes era una pequeña lágrima se convirtiese en una cascada.

¿Qué haría cuando ella ya no estuviese?

Jamás me había hecho esa pregunta, supuse que era porque jamás me había imaginado una vida sin ella. Pero ya no era una niña, dentro de unos meses cumpliría los dieciocho, tendría que ir a la universidad, me iría de mi hogar y me alejaría de ella.

Poco a poco empezaría a construir mi vida.

Una vida sin ella.

Cómo deseaba volver a tener siete años, cuando aún no era consciente de la suerte que tenía.

—¿Peyton? —Al escuchar mi nombre no evité sobresaltarme, pensaba que estaba sola.

Al girarme me encontré a Cole, Cole Lavoie estaba detrás de mí. Aquel que hacía apenas un día se encontraba en la puerta de mi casa.

Era increíble como siempre habíamos ido a los mismos sitios y no hablaba solo del instituto, sino de las fiestas o en partidos y jamás habíamos cruzado ni una pequeña mirada.

Nos quedamos mirando durante un rato hasta que su mirada bajó a mi mano y vio mi cigarro casi terminado.

—¿Fumas? —Volvió a levantar la vista para mirarme—. Debes tener muy buenos pulmones para ser nadadora.

Yo me limité a hacer una mueca, siendo sincera preferiría estar sola y no tener que dar explicaciones a nadie de lo que estaba haciendo.

Ambos mantuvimos el contacto visual y por su mirada pude notar que él ya había detectado que no estaba bien.

Volví a darme la vuelta y apagué el cigarro en el muro, lanzándolo hacia abajo, donde también había bastante gente, con suerte no le di a nadie, aunque tampoco se hubiesen percatado.

—¿Va todo bien? —Sin mirarlo sabía que ahora él estaba sentado a mi lado, pude notar la calidez que desprendía su cuerpo aun estando separados—. No hace falta que me contestes, si quieres estar en silencio no me importa. —Había captado la indirecta.

Y en circunstancias normales, en las cuales el alcohol no me hubiese afectado, habría sido más inteligente y mis labios hubiesen permanecido sellados. Pero como siempre tuve que abrir mi boca.

—Es por mi abuela —hablé por primera vez, aún con mi mirada en Vancouver iluminado—. Supongo que ella no te habrá dicho nada, pero ella es como mi madre y odio verla así. —Mi voz se rompió.

Su mano se despegó del cemento para acabar pegada a mi hombro.

—Ella siempre habla de ti. —Giré mi cabeza viendo como una sonrisa adornaba su rostro—. Ahí todo el mundo te conoce, siempre habla de lo divertida y cabezota que eres. Sobre todo habla del gran corazón que tienes. Una vez nos explicó que cuando eras pequeña estuviste toda una mañana ayudando a llegar al mar a unas tortugas bebés, te negaste a comer porque querías protegerlas y que nadie les hiciese daño. —Logró que sonriera.

—Y ella esperó a que yo acabase para comer conmigo —sonreí mientras intentaba limpiarme mi cara aún mojada—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto.

—¿Cómo es que estás trabajando ahí? Quiero decir, por lo que sé no necesitas el dinero o eso es lo que he escuchado, aunque si no es cierto no pasa nada. —Él rio viendo cómo yo hablaba rápido a causa de mi nerviosismo.

—El año pasado en un partido me peleé con un jugador. Me querían sancionar dejándome toda la temporada sin jugar, pero el entrenador movió unos hilos y consiguió que no me sancionaran, pero a cambio de eso debía hacer servicios sociales en la residencia. Solo eran dos meses, pero al final me acabó gustando y llevo desde entonces yendo voluntariamente —explicó él—. Quiero recalcar que no estoy orgulloso de haberme peleado con ese chico, pero en parte estoy agradecido, porque si no fuese por eso ahora no iría.

Me quedé un rato en silencio, analizando todo lo que me acababa de decir, era mucha información. Aunque no me esperaba para nada esa respuesta.

Nunca escuché que se metiera en una pelea, era de los más tranquilos de su equipo. Había visto cómo salían de partidos sus compañeros y parecía más que practicaban boxeo que *hockey*.

No quise preguntar el causante del inicio de aquella pelea. No esperaba que me lo contase todo. Aunque debía admitir que sentí una gran curiosidad.

—Es bonito que inviertas tiempo en ellos —le dije con una pequeña sonrisa.

—No puedo llegar a imaginarme ni un solo tercio por lo que estás pasando, sé que debe ser muy duro ver a alguien que quieres así y es muy jodido que no haya ninguna cura. Pero aprovecha el tiempo que aún tienes con ella, no te quedes con la imagen que ahora tienes, sino con la que ha sido durante tantos años contigo. —Se quedó en silencio porque mi teléfono empezó a vibrar, al cogerlo vi que tenía cuarenta mensajes de mis mejores amigos y varias llamadas perdidas —. Creo que te buscan.

—Me tengo que ir, pero muchas gracias —dije yo bajándome del muro con rapidez.

Cuando su brazo ya no me rodeaba sentí frío, añoraba ese calor que desprendía.

—Y, Cole, —me giré antes de irme—, no le cuentes a nadie que me has visto llorar, por favor. —Él se limitó a asentir y yo decidí entrar en busca de mis amigos.

Nada más entrar una sonrisa se dibujó en mi rostro, era extraño, llevaba tiempo sin sonreír así, sin sonreír como solo ella sabía hacer.

De camino a casa Molly y Brody no dejaban de preguntarme dónde había estado.

—He salido a tomar el aire —intenté excusarme.

—Pey, nos conocemos desde pequeños, sé que mientes —me dijo Molly con una sonrisa.

—¿Con quién estabas? —me preguntó Brody arqueando una ceja.

—Cuando estaba fuera ha salido Cole... —dije, pero antes de añadir nada más me cortó mi mejor amigo.

—¿Desde cuándo te enrollas con el capitán del equipo de *hockey*? —Veía la ilusión en su mirada.

—No nos enrollamos, él está de voluntario en el centro de día al que va mi abuela, el otro día vino a casa porque Lottie se había dejado el móvil y hoy solo

hemos hablado —dije, viendo cómo su cara pasaba de estar ilusionado a decepcionado.

Capítulo 5

Odiaba los lunes y cualquier día de la semana que implicara levantarse pronto. Odiaba, sobre todo, lo bien que se estaba en la cama cuando debías irte de ella.

Y odiaba aún más madrugar para ir al instituto.

Solo llevaba una clase y ya me quería ir. No sabía si era por el sueño o por mi gran falta de atención en ellas.

—Me parece increíble —se quejó Brody a mi lado—, el viernes me enrollé con él y ahora hace como que no me conoce.

Por lo que me había contado, estuvo con un chico de su clase de matemáticas y ahora él era incapaz de mirarle a la cara.

No era la primera vez que le pasaba, siempre eran los que tenían miedo por el qué dirán y en vez de enfrentarse a eso, decidían ser unos cobardes.

A veces es más fácil huir de aquello que nos atemoriza, pero no somos conscientes de que aquello volverá, solo se irá si eres capaz de enfrentarte a eso.

—Pasa de él, no se merece tu tiempo —le consoló Molly

Ella solía ser la psicóloga del grupo; siempre se le había dado bien escuchar y aconsejar.

—Tienes razón —apoyó él—. Bueno, me voy, que he quedado de verme con uno ahora.

Molly y yo nos miramos sorprendidas. Aunque no deberíamos estarlo, Brody era así, estaba mal con uno mientras quedaba con otro, y así sucesivamente.

—¿Qué pasa con el de matemáticas? —pregunté aún asombrada.

—No me voy a quedar llorando por un hombre cuando hay otro que me espera, esta tarde hablamos. —Después de decir eso, se fue.

—No hay quien lo entienda —dijo Molly riéndose—. ¿Vamos a clase? —asentí.

Antes de que yo pudiese decirle nada más a mi amiga, vi cómo Cole pasaba a nuestro lado. Él al verme me saludó con la cabeza, a lo que yo le sonreí.

Aún no habíamos hablado desde que estuvimos juntos en la fiesta, en cierto modo se lo agradecí, no había roto la promesa de contárselo a nadie.

—A mí no me engañas, os habéis enrollado —dijo Molly sacándome de mi trance.

—Ya os lo dije, solo hablamos de forma casual; no hay nada raro ahí —me excusé.

—Solo digo que es muy raro que hace nada ni os mirabais y ahora os saludáis.

—Me saluda solamente por educación.

Esa misma tarde tenía entrenamiento. Siempre había disfrutado en ellos. Me ayudaba a evadirme de la realidad durante un par de horas y sobre todo a canalizar mi frustración.

Desde pequeña había destacado, me esforzaba, pero no tanto como otros, tenía talento.

Mi mayor sueño siempre fue ser una sirena, supongo que fue culpa de la influencia de las series que consumía.

—Señorita Bochner, espero que hoy no se entretenga tanto y se ponga a nadar nada más sean las tres en punto —me avisó Ethan, quitando que teníamos muy buena relación, siempre era bastante estricto.

En sus tiempos, Ethan MacKenzie fue uno de los mejores nadadores del país, pero una mala lesión en la espalda arruinó su carrera; muchos decían que si no se hubiera lesionado, habría ido a las Olimpiadas.

Ahora se dedicaba a entrenar, algo que le llenaba, aunque muy en el fondo seguía preguntándose qué hubiera pasado si jamás se hubiera lesionado.

—No se preocupe, no llegaré tarde —dije yo con una pequeña sonrisa.

Cuando ya me encontraba calentando, logré ver a Brody y a Molly en las gradas; siempre venían a ver mis entrenamientos, aunque creo que era una excusa para no irse a casa y estudiar.

Aunque tampoco faltaban a ninguna competición, solían ir con Lottie y Bri, siempre me hacían carteles. Aún era extraño mirar hacia la grada y no encontrar a mi abuela, ella siempre fue mi fan número uno. Echaba de menos las comidas después de cada competición y los discursos emotivos que hacían ella y su mejor amiga un poco bastante borrachas.

Antes de que me diese cuenta me encontraba saliendo del agua, sintiendo que me ahogaba y fue raro, porque cuando sentía que me ahogaba iba al agua donde todo lo curaba. Pero ahora, aquello que siempre me calmó parecía aumentar el fuego dentro de mí.

Cuando noté la intención de mi entrenador de acercarse salí corriendo hacia el vestuario, donde todas esas emociones reprimidas salieron; ya no podía ocultar nada, mi cuerpo había decidido no aguantar más. No sabía cómo avanzar cuando mis pies parecían estar impregnados de cemento.

No quería pedir ayuda, jamás había necesitado pedirla, ya que siempre me habían podido leer, pero supongo que había ido mejorando en eso de ocultar lo que sentía, tanto que ni yo misma sabía qué me pasaba.

Me senté en una esquina del vestuario. Apenas podía respirar, mi cuerpo temblaba sin parar. Me limité a esconder la cabeza entre mis piernas. Aun

cerrando los ojos, podía sentir mínimamente que nada había cambiado, que solo era una pesadilla.

La puerta se abrió y al levantar la cabeza vi que era Molly quien había entrado, ella sin decirme nada se lanzó a abrazarme y solo me limité a llorar desoladamente en sus brazos.

—No hace falta que me digas nada; todo mejorará, lo sé —dijo, acariciándome la espalda.

—Nada mejorará, ella se olvidará de mí —dije, como pude—. No soy tan fuerte como ella decía.

—Nadie espera que lo seas, nadie podría serlo y lo estás siendo. Solo tienes que hablar más, tal vez así, poco a poco, vayas aceptando la situación. Es injusto que tengas que vivir esto siendo tan joven, pero tú lo has dicho: nada mejorará. Sabes que con nosotros no hace falta que finjas; te queremos, y eso implica querer ayudarte.

Esa vez lloré por lo que mi mejor amiga me acababa de decir.

—A veces se me olvida lo buena que eres hablando —sonreí por primera vez.

—Acuérdate de esto cuando me estes votando para ser presidenta —me volvió a hacer reír—. Ahora sal, tu entrenador estaba muy preocupado. Después prometo que vamos a ir a por un helado.

—Está bien, vamos. —Me ayudó a ponerme en pie.

Nada más salir del vestuario Ethan se acercó corriendo a mí, Molly me dio un pequeño golpe de ánimo y se fue.

—¿Qué ha pasado? —preguntó preocupado.

—No lo sé, estaba nadando y no podía respirar, me agobié mucho —intenté explicarme, él asintió varias veces.

—Ve a casa y descansa. Mañana, si te encuentras mejor, ven a entrenar, pero no te sientas presionada —dijo calmadamente.

Sus palabras eran como cuchillos. No quería que toda la situación en casa afectara a mi único talento, la natación.

—Estoy mejor, puedo seguir entrenando —insistí, realmente no quería irme.

—Ve a casa, mañana puedes venir. —Viendo que no había manera de convencerlo, me di la vuelta y me fui.

No podía permitir que me volviese a pasar eso en un entrenamiento y mucho menos quería que volviese a pasar.

Quedaba poco para el primer campeonato y quería seguir ganando por mi abuela, porque aunque ella ya no viniese a verme, sabía que estaba orgullosa y feliz de verme ganar.

Aunque mi mayor premio siempre había sido tenerla a mi lado.

Capítulo 6

Nunca había necesitado ir a un psicólogo, ni cuando Mason, mi primer amor, me rompió el corazón. Siendo honesta, lo pasé muy mal.

Nos habíamos conocido por unos amigos en común. Desde el principio sentí una gran atracción y no solo física; compartimos muchos gustos, incluso los más raros.

Sentí que con él podía tenerlo todo, incluso lo que nadie imaginaba.

Pero al final, era la primera vez que sentía algo por alguien y digamos que no es que acabase muy bien del todo. Él optó por estar con dos chicas al mismo tiempo; una de ellas era yo, la única que no conocía este triángulo amoroso.

No terminó bien por su culpa. Nunca consideré que fuera una mala persona, sino una persona que no sabía querer.

Quise pensar que con el tiempo cambiaría, tal vez volvería apenado por la situación y con una disculpa en mano. Pero esperar que los otros hagan lo que tu harías era como intentar escalar un monte sin extremidades. Peligroso e imposible.

Todo eso me rompió el corazón, pero jamás consideré buscar ayuda externa. Al final, tenía a Lottie y a mis dos mejores amigos. Los cuales me llevaban gran ventaja en todo lo que se trataba de relaciones.

Cuando me encontraba con el papel que el médico me había dado pensé que era absurdo ir.

Al final el psicólogo no me conocía, no sabía cómo era mi vida y mucho menos sabría cómo ayudarme.

Me autoconvencí de que nadie podría ayudarme, pero una vez que toqué fondo y no vi ninguna mano decidí que era hora de pedir ayuda.

Desde entonces iba una vez al mes, aunque eso solía variar.

Jamás apoyé la idea de que quien iba al psicólogo estaba loco.

Loco.

Nunca me había gustado llamar a alguien así. Ni escuchar a alguien utilizar esa palabra. ¿Cómo sabías que alguien era un loco? ¿Alguien que ya había perdido la razón? Pero cuando el loco tiene la razón, ¿es el cuerdo el que la pierde?

—Buenas tardes, Peyton —me saludó Grace—. ¿Cómo has estado?

La doctora Chen era una persona muy cercana. Al final, supongo que ellos debían serlo. Venir a hablar con ella al inicio se hacía extraño; tener que contar toda mi vida, mis traumas, mis fuentes de felicidad, era algo nuevo para mí.

Con el tiempo entendí que no solo implicaba contarle tus problemas, sino obtener una visión externa de todos ellos. Aunque no lo creyera, me sentía muy bien al poder contarle mis cosas a alguien sin sentir que esa persona me iba a juzgar.

—Estos últimos días he estado más de bajón —expliqué yo.

Era cierto. Después de mi ataque de ansiedad en el entrenamiento sentía que iba como un zombi. Dormía bastante mal, mis ojeras me delataban, apenas tenía apetito, mi poca energía lo demostraba y tenía la cabeza en otro lado; mis faltas por no hacer los deberes eran ejemplo de ello.

—¿Ha pasado algo en casa? —intentó que hablase.

Al principio, me solía costar bastante explicarme, pero una vez que empezaba no paraba.

—No, solo que últimamente tengo más presente a mi abuela; me cuesta hacer algo y no pensar en ella, en ello, más bien dicho. Es inevitable pensar en todo lo que está sucediendo y no ponerme a llorar —dije con más confianza—. Mis amigos me han pedido que me abra más, pero no quiero ser una carga para ellos.

Su mirada se clavó en cada movimiento que hacía: en cómo mis manos jugaban nerviosas, en cómo mis piernas no eran capaces de mantenerse quietas y en cómo mis ojos brillaban por la necesidad de expulsar las lágrimas.

—Entiendo que te cueste abrirte a ellos, pero si jamás lo haces, jamás sabrás si te hace bien o no. —Después de unos minutos habló por primera vez—. Por lo que hemos hablado en otras sesiones, te iría bien poder desahogarte de vez en cuando; el cuerpo aguanta hasta cierto punto. ¿Crees que ellos no te escucharán?

—Lo harían, de eso estoy segura. —No pensé ni un minuto antes de responder—. Pero no quiero que me vean con pena, como si fuese de cristal.

—Nadie te ve así. Te verán fuerte, como la persona que eres. Porque nadie había aguantado lo que tú estás viviendo. Tal vez, hablando con ellos, tengan diferentes opiniones y puntos de vista; eso te podría ayudar bastante.

—¿A qué? Nada me va a ayudar. Solo quiero olvidarme de que mi abuela algún día se va a olvidar de mí, se va a olvidar de quién soy, de todo lo que hemos vivido, se olvidará de quién es ella.

—El olvido no es la solución, la aceptación lo es. Por mucho que trates de borrar todo esto será imposible ver a tu abuela empeorar, si lo aceptas cuando llegue el momento no te afectará tanto. Aunque no trates de prepararte para entonces, nadie jamás lo estará. Creo que llevas tanto tiempo preocupada por eso, que aún no has aprovechado para disfrutar con ella. Es ahora cuando debes hacer más cosas con ella. Mientras tú te cierras en ti misma el tiempo vuela, aprovecha ahora que aún te recuerda. Es algo inevitable, sabes que algún día pasará, pero todo eso lo tienes que ver muy lejano y debes aprovechar con tu abuela todo el tiempo que puedas.

Me costaba aceptarlo, pero tenía razón, en los últimos meses había preferido cerrarme en mí y pasarlo mal, olvidándome de hacer cosas con ella.

—Supongo que tienes razón, debería pasar más tiempo con ella —admití en voz baja.

—E intenta algún día abrirte con tus amigos, estoy segura de que no te verán de cristal, sino como alguien fuerte —asentí, por intentarlo no perdía nada.

Me encantaba cuando acababa las sesiones. Era como quitarse de encima una mochila la cual llevaba miles de piedras, respiraba un aire diferente.

Llegué a casa justo cuando el pequeño bus donde venía mi abuela acababa de aparcar.

Me bajé del coche esperándola, pero antes de verla a ella vi a Cole, quien iba como acompañante.

—Hola —le saludé con una sonrisa.

—Hola, tu abuela se ha pasado todo el camino de vuelta cantando —explicó con una pequeña carcajada.

—No me sorprende para nada. —No evité reírme un poco.

—Oye, Peyton, este sábado tengo un partido, si quieres puedes venir con tus amigos —me sugirió algo nervioso, lo noté por la forma en la que jugaba con su pelo.

—Aunque no te diría que no, las entradas ya habrán volado, si no recuerdo mal es el primer partido de la temporada —expliqué con algo de pena.

¿Quería ir a ver su partido? Sí.

¿Lo iba a ver solo a él? Puede ser.

—Para tu suerte tengo tres entradas. —Sacó tres entradas de su bolsillo— Mi familia se va fuera, así que me sobraban —añadió.

—Bueno, siendo ese el caso me sabría mal decirte que no. —Él extendió su mano para darme las entradas, pero antes de que las cogiera las volvió a levantar impidiendo así que las agarrara.

—Tampoco esperaba un no por respuesta. —Me guiñó un ojo mientras sonreía.

¿Que se suponía que quería decir con eso?

—Disculpa, guapo, quiero bajar. —Mi abuela se quejó a sus espaldas, provocándonos la risa a ambos.

—Disculpe, señorita. —Él se apartó dejando que ella bajase.

—Cielo, ¿has visto que chico más apuesto? —habló mirándome, yo simplemente podía reírme.

—Es a las ocho. Espero verte ahí, Peyton —dijo, dándome finalmente las entradas.

Después de eso el bus cerró las puertas y él se fue.

—¿Qué es eso? —preguntó mi abuela curiosa.

—Quiere que vaya a ver su partido —dije aún un poco aturdida por la situación.

—Es muy guapo —repitió ella haciéndome reír de nuevo.

—¿Te apetece ver una película mientras nos ponemos mascarillas? —sugerí.

Quería hacer lo que la doctora Chen me había recomendado.

—Por supuesto, pero para eso tenemos que abrir una botella de vino.

Ella no perdía sus costumbres.

—Lottie, no podemos, mañana tengo instituto.

—Que aburrida. —Rodó los ojos haciéndome reír de nuevo.

Cuando la hora de dormir llegó, maldije que el tiempo pasara tan rápido.

Era la primera vez en mucho tiempo que me dolía el estómago de tanto reírme, en ningún momento pensé que todo era diferente, fue como volver al pasado y que nada hubiese cambiado.

Cuando estaba a punto de quedarme dormida vi cómo mi puerta se abrió lentamente, escuché que mi abuela se acercaba a mí.

—Cielo, ¿estás despierta? —preguntó en un susurro.

—Sí, ¿te encuentras bien? —me preocupé al instante.

—¿Puedo dormir contigo? —sonreí ante su pregunta.

—Claro. —Me moví hasta la otra punta de mi cama dejando que ella se pudiese estirar a mi lado.

Sin decir nada ella me abrazó.

—Buenas noches —susurró ella—. Te quiero, no te olvides nunca de eso.

Una pequeña lágrima recorrió mi cara.

—Yo te quiero más. —Dejé un pequeño beso en su mejilla.

Noté que ella ya se había dormido, ya que no obtuve respuesta.

No evité preguntarme si sería ella la que se olvidaría de que era yo quien la quería más.

Pero en vez de preocuparme por eso decidí disfrutar de ese momento, como en los viejos tiempos.

«Mis lágrimas no cesaban. Entré corriendo a casa, sin decir nada. Había escuchado cómo mi abuela me llamaba, pero no estaba preparada para hablar.»

Se suponía que el primer amor es el que más se disfruta, pero si eso es cierto, ¿por qué siento que me ha roto el corazón? Me gusta mucho, aun sabiendo que no es correspondido.

La puerta de mi habitación se abrió con cuidado.

—Cielo, ¿estás despierta? —me preguntó mi abuela mientras se acercaba a mi cama.

No emití ningún sonido, aunque no era necesario; ella sabía que estaba mal.

Antes de que me diera cuenta, Lottie ya se encontraba estirada a mi lado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con su característica delicadeza.

—Mason ha jugado conmigo, estaba con otra chica. —Rompí a llorar.

*—Oh, cielo, él no merece que derrames ni una sola lágrima por él.
—Acaricié mi cabeza—. Sé que duele, pero el dolor cesará y algo mejor llegará.*

—¿Puedes dormir hoy conmigo? —pregunté aún llorando.

—Claro, intenta dormir, mañana ya pasará. —Dejó un pequeño beso en mi frente.

Antes de quedarme dormida, hablé por última vez.

—Te quiero mucho, no te olvides nunca de eso.

—Yo te quiero más.

—Eso es imposible, cielo».

Solo Lottie sabía cómo deshacerse del dolor.

Capítulo 7

No recordaba cuándo fue la última vez que fui a ver un partido de *hockey*. Apenas sabía las reglas o las posiciones. Supongo que para muchos sería una mala canadiense.

Pero aún sin tener la menor idea, sabía que no podía o más bien no quería perderme el partido.

Mis amigos, los cuales se suponía que me iban a acompañar, decidieron no venir, nunca habían sido muy fanáticos del deporte.

Nada más llegué al estadio no evité sentirme un poco aturdida, sin exagerar, estaba todo el instituto y seguramente, gran parte de la ciudad. Por lo que había estado mirando mi sitio se encontraba en una sección más reservada, donde solían ir familiares, parejas o las personas más cercanas. Agradecí que fuese ese mi sitio, no me gustaría estar junto a los ultras, los cuales eran conocidos por disfrutar más de su cerveza que del partido.

Al llegar a mi sitio no tardé en enviarle una fotografía a mis amigos, los cuales me respondieron diciéndome que disfrutara del partido, o más bien de cierto jugador.

Era una situación un poco graciosa, según ellos teníamos algo, cosa que no paraba de negar. Ya que era irreal.

Supongo que en cierta manera les reconfortaba pensar que podía estar conociendo a alguien, aunque no era ni el momento ni la persona.

—Hola —me saludó una rubia de pelo rizado mientras se sentaba a mi lado—. Soy Sienna, vamos juntas a ciencias.

No sé si debía preocuparme más porque una extraña me estuviese hablando o porque yo no recordase a una tal Sienna de mi clase de ciencias.

—Hola —saludé con mi mejor sonrisa, la cual escondía bastantes preguntas.

—¿Tu primer partido? —me limité a asentir—. Vale, a lo mejor ha sonado como una acosadora, no era mi intención, lo juro. —Su nerviosismo me hizo reír—. Se nota porque no llevas nada del equipo.

—Supongo que también se nota que no tengo ni la menor idea de cómo se juega al *hockey* —dije con una sonrisa tímida.

—No te preocupes, no es muy difícil, hoy juegan contra un equipo bastante malo, así que no será complicado que ganen —explicó ella, a lo que yo asentí—. Haces natación, ¿verdad? Me suena haberte visto en algún cartel del pasillo.

Cierto, estuve un mes ignorando el hecho de que había una imagen mía de cinco metros colgada en la entrada del instituto. Algo bastante vergonzoso.

—Sí, llevo toda la vida nadando —afirmé.

—Yo lo intenté con la danza, la natación, el *hockey* y el fútbol. Pero nada, lo mío es ver el deporte, no practicarlo —rió con algo de pena—. Voy a pillar algo para beber. ¿Quieres algo?

—No hace falta, gracias —agradecí.

—Perfecto, te traigo una cerveza —sonrió antes de irse.

Por lo menos sabía que no me iba a aburrir en el partido.

Dirigí mi mirada hacia la pista, donde se encontraba calentando. Era increíble la agilidad y rapidez que tenían todos los jugadores.

Busqué a Cole, pero era imposible encontrarlo, a no ser que pudiese ver los nombres colocados en sus espaldas.

Mi mirada se dirigió hacia la gran pantalla que colgaba del techo, donde al fin logré verlo. Llevaba el diez a la espalda y encima del gran número se podía leer *Lavoie*.

—He vuelto. —La rubia se dejó caer en su sitio.

—¿Van a venir más personas? —pregunté mirando las cuatro cervezas que llevaba consigo.

—¿Lo dices por esto? —Levantó ambas cervezas—. Así me ahorraré volver durante el partido.

Era bastante lógico.

—¿Quién te ha invitado? —preguntó haciendo que yo frunciese el ceño—¿Con que chico sales? —añadió.

—Con ninguno —respondí con rapidez—. Me invitó Cole.

Su cara había pasado de confusión a sorpresa, y de esta a confusión de nuevo.

—¿Estás enrollada con él? —Inmediatamente negué.

—Supongo que somos amigos —dije restándole importancia.

Dos cervezas después y creo que una más, ya le había contado la mitad de mi vida a Sienna, quien también me había contado la suya.

—Y por eso me acabó invitando al partido. Supongo que lo hizo por pena —acabé de explicar la pequeña historia que tenía con él—. Aunque tampoco me iba a negar, es decir, con esa cara... ¿cómo hacerlo?

Genial, como siempre no sabía cómo cerrar mi boca, o más bien cómo no abrirla.

—Entonces sí te gusta. —Me dio un leve codazo.

—Gustar, gustar, lo que es gustar no. Pero está bueno, eso sí. —Mis palabras bailaban al igual que mis ideas.

Ambas saltamos al ver que había vuelto a marcar nuestro instituto.

Nada más acabó el partido decidimos pasar la fiesta al pequeño bar que se encontraba justo al salir del estadio. Ahí se encontraban bastantes aficionados celebrando la primera victoria de la temporada.

Era increíble ver como cientos de personas celebraban un triunfo ajeno a ellos. Supongo que en cierta manera se sentían unidos. Me gustaba pensar en los lazos que una persona puede forjar con alguien con quien jamás ha tomado contacto.

Vi como Sienna, mi nueva amiga, se acercaba a mí con dos chupitos.

—¡Tequila para celebrar la victoria! —exclamó ella emocionada—. No me puedes decir que no, Peyton.

Yo no me negué, hacía demasiado tiempo que no me lo pasaba tan bien. Ya no sé si era el efecto del alcohol o el hecho de que no había parado de reírme. Pero no pude negarme a un chupito.

—¡Por mi nueva e increíble amiga! —Brindó conmigo y ambas tragamos el líquido transparente.

Al principio me ardió la garganta, pero el limón la calmó. Ojalá tuviese el limón para otras cosas.

—Te dejamos sola y ya estás emborrachando a chicas. —Un hombre habló a mi espalda.

Ojalá alguien hubiera grabado mi cara al girarme y al ver que tenía delante mío a Cole. Solo para recordarme la mala suerte que tengo y la mala costumbre que tengo de hablar de más. Por si no lo había dicho debía aprender a cerrar mi boca y a disfrutar de mis pensamientos.

—¿Peyton? —preguntó él al verme.

—Hola —saludé con una sonrisa, como si por dentro no desease que mi cuerpo fuese tragado por la madera vieja del suelo y me escupiera en la tierra húmeda del océano más lejano de Canadá.

—¡Me había olvidado mencionarte que Cole es mi mejor amigo! —soltó la rubia a mi espalda.

Deseo decirle que me podría haber mencionado ese pequeño detalle cuando le estaba diciendo lo guapo que me parecía su mejor amigo. Pero preferí guardarme ese pensamiento para mí.

—No pasa nada, a todo el mundo se le olvidan cosas —dije, tratando de disimular mi incomodidad.

—¿Cuántas habéis bebido? —preguntó Nolan divertido por la situación.

Supongo que los vasos vacíos encima de la mesa nos delataban.

—Solo un par —respondió la rubia.

—Has empezado a celebrar sin nosotros —se quejó Wyatt.

—Vamos a buscar más. —Sienna se levantó de su sitio—. Te traigo una, Peyton. —Antes de que yo pudiese negarme ella desapareció con ambos jugadores.

Me había quedado sola con Cole, por primera vez me sentía incómoda.

—¿Te ha gustado el partido? —preguntó él mientras se sentaba delante de mí—. Bueno, creo que la respuesta es muy obvia. —También parecía divertido por la situación.

—Ha sido entretenido, aunque no tenía ni la menor idea de lo que pasaba —me sinceré yo.

—Entonces para que estemos empatados debería ir a ver alguna competición. —Su propuesta me pilló desprevenida.

—Son muy aburridas y largas —dije lo primero que se me ocurrió.

—Cuando acabe ya te diré si me lo parece —dijo él seguro de su decisión—.
Tu abuela siempre dice que eres la mejor, lo quiero comprobar.

Esa misma noche me fui a dormir mientras pensaba en todo lo que había sucedido aquella tarde e inconscientemente no pude evitar pensar en aquellos ojos avellana. Los cuales me resultaban extrañamente familiares.

Capítulo 8

Me senté en el pequeño banco que se encontraba junto a la puerta de casa. Esperaba a que mi abuela volviera.

Mi mirada se dirigió hacia el jardín, en el cual ahora solo había flores marchitas, unos cuantos escombros e insectos que buscaban donde alimentarse.

No hacía mucho esas flores eran la parte más importante. Eran las que daban color a los días más grises y las que perfumaban un mal día.

Desde pequeña me había dedicado a observar cómo mi abuela las cuidaba, cómo les daba tanto amor.

«Salí en busca de mi abuela, quien había desaparecido gran parte de la tarde.

Nada más salir de casa la encontré regando sus flores, su bien máspreciado.

Las rosas y los lirios eran los que más destacaban, no solo por su color u olor, sino por la abundancia de ellas.

Siempre había comparado a las personas con flores. Solía decir que yo le recordaba a un lirio, por mi pureza y la gran devoción que sentía hacía mí.

—Cielo, ven —me llamó Lottie cuando se dio cuenta de que la admiraba desde la distancia—. ¿Sabes por qué mis flores siempre están así de bonitas? —preguntó mientras tocaba con delicadeza el pétalo de un girasol.

—¿Porque las riegas mucho? —Mi pregunta hizo que ella riese.

—A parte de eso —dijo aún riendo—. Las flores son como los humanos, sin amor no pueden florecer. Con agua pueden crecer, pero el secreto está en el cariño con el que lo haces».

Por aquel entonces era muy pequeña como para entender la importancia de su frase.

Como olvidarte de alguien hacía que esa persona se olvidase de ti o de lo que le hacías sentir.

Ella ya no recordaba que debía cuidarlas, yo no tenía tiempo para hacerlo.

Antes de que me diese cuenta, lo que antes era un jardín lleno de vida, pasó a ser el cementerio de lo que una vez fue, el reflejo de todo el amor que a ella no le cabía en el corazón.

Me preguntaba si alguna vez volvería a estar todo iluminado de rosas, lirios, tulipanes y girasoles.

Antes de poder pensar más en ello vi que el pequeño bus aparcaba.

Me levanté acercándome a él, ya no solo la quería ver a ella, sino que una pequeña parte de mí esperaba encontrarse con cierta persona.

Por primera vez el destino se posicionó de mi parte y sonreí inconscientemente al ver cómo el bajaba de la mano con Lottie.

—Hola, cielo. —Ella se acercó a abrazarme—. Mira que chico tan guapo me ha acompañado hoy a casa.

Cole sonrió, yo no evité hacerlo.

—Usted siempre me sube la autoestima —habló por primera vez.

—Gracias por acompañarme, cariño. —Esa vez ella se acercó a él para abrazarlo.

—Espero verla en la competición de su nieta este fin de semana —dijo él mientras me miraba. No se había olvidado.

—¿Este fin de semana compites? —me preguntó Lottie.

—Sí, pero es muy pronto. No hace falta que vengas —dije yo minimizando el dolor que me causaba su ausencia.

—Claro que iré. —No hizo caso a lo que le dije—. Tengo que llamar a Bri para organizar las pancartas. Siento no haberme acordado, cielo —se disculpó ella.

—No pasa nada. —La tranquilicé con una sonrisa.

Una vez en casa, Lottie se había dispuesto a llamar a Bri, quien decidió seguirle la corriente, aun sabiendo que ella no iría.

Una presión en mi pecho apareció.

Ella se veía muy ilusionada, pero no era consciente de que mañana al despertar no iba a recordar mi competición.

Cuando el sol ya había desaparecido ella había caído rendida en la cama.

Dejé un pequeño beso en su frente y fui hacia la pequeña terraza que había en mi habitación.

Encendí un cigarro mientras observaba la luna.

Tenía la suerte de poder ver todas las estrellas. En la ciudad, a causa de la luz que había por la noche, muchas de ellas permanecían ocultas.

La gente ya no miraba hacia arriba, supongo que ya no tenían tiempo para hacerlo.

Solemos vivir con rapidez. Al final solo vivimos de verdad dos días. Queremos hacer todo en uno y muchos pierden la vida intentando algo que acaba quedando en el olvido.

Todos queremos lo mismo, no caer en el olvido, que la lucha que llevamos a cabo haga un cambio, pero pocos lo logran. Tal vez los más inteligentes o los más afortunados lo consiguen.

Estoy segura de que muchas de aquellas luchas que ahora ya nadie recuerda podrían haber llevado a cabo un cambio.

Vuelvo hacia mi habitación en busca de mis auriculares. Amo escuchar música y amo más que esta me haga sentir.

Let It be de The Beatles suena mientras yo aún contemplo aquellas estrellas.

Lottie siempre me había dicho que cuando las personas morían se convertían en una y según el tamaño de tu corazón, brillaban más.

Ella sería el sol, eso lo tenía claro.

Cuando mi cigarro ya estaba casi acabado lo tiré en el jarrón, aquel viejo jarrón.

Antes de acabar durmiendo me pregunté cuál sería la magnitud de mi brillo. Pero sobre todo si mi estrella estaría cerca de la suya.

Capítulo 9

Era muy rápida nadando, pero era mucho más rápida saliendo del instituto cuando el timbre indicaba que era hora de irse a casa.

Antes de que mi deseo de irme se pudiese cumplir vi que alguien estaba apoyado en mi coche. En mi precioso y amado coche.

Me acerqué casi corriendo para ver quién era el extraño que había decidido colocar su culo en mi bebé.

Cuando vi que el extraño no era tan extraño, sino que era la persona en la que últimamente no paraba de pensar mi enfado desapareció.

—Hola —me saludó Cole sonriendo.

—Hola, ¿ha pasado algo? —pregunté, esperaba que no fuesen malas noticias.

—¿Quieres acompañarme al centro de día? —Su pregunta me pilló de sorpresa.

Por lo que a mí me constaba, Sienna no le había dicho nada de lo que habíamos estado hablando en el partido y esperaba que nunca lo hiciese. De ser así tendría que esperar a mi abuela escondida por la vergüenza.

—Vale —dije mientras me subía al coche—, por cierto, no quiero volver a verte apoyado en mi coche.

No quería que sonase como una amenaza, o tal vez sí.

—Está bien, perdona.

Me limité a asentir. Sin que yo le dijese nada, él se subió a mi coche.

—Le he dejado mi coche a Sienna, tenía una entrevista —explicó al ver mi cara.

Sin decir nada más arranqué, no sin antes poner algo de música. Pero no era cualquier cantante, sino mi favorita.

Mientras sonaba *Making the bed de Olivia Rodrigo* salía del aparcamiento.

—Pensaba que tenías mejor gusto musical —dijo mi copiloto haciendo que desease bajarle del coche.

—Si no quieres volver andando será mejor que retires lo que acabas de decir —volví a amenazar.

—Está bien, está bien. Lo siento por segunda vez —se volvió a disculpar—. Sienna y tú os habéis vuelto muy amigas, ¿verdad? —intentó entablar una conversación.

Tenía razón. La rubia y yo desde el partido habíamos compartido bastantes palabras. Sobre todo en las clases de ciencia. Las cuales eran muy aburridas.

Supongo que ya la consideraba mi amiga.

—Sí, tuve mucha suerte de que se sentara a mi lado en el partido —acepté yo.

—Supongo que te ibas a aburrir mucho viendo a un jugador tan guapo como yo.

¿Acababa de decir que tenía una nueva amiga?

Retiro lo dicho, me quedo con mis dos mejores amigos.

—Técnicamente no se te veía la cara, así que sí —respondí al instante.

Ahora mismo deseaba volver a pie antes que compartir un coche con él. Definitivamente debía empezar a esconderme cuando mi abuela volviese del centro de día.

Cuando él iba a decir algo fue demasiado tarde, ya habíamos llegado. Supongo que esto fue una pequeña victoria para mí.

Hacía tiempo que no iba. De hecho evitaba hacerlo, hacía todo más real.

Aunque desde lejos podría parecer un hotel de cinco estrellas.

Pero dentro habitaban personas con el lamento de no haber hecho aquello que tanto habían soñado, estrellas apagadas y personas esperando a que su día llegue.

Al entrar Cole saludó a la recepcionista, yo imité la acción.

—Tu abuela debe estar en el jardín, siempre va ahí —me explicó él—. Puedes ir yendo, yo iré en un rato —asentí mientras veía como subía las escaleras.

Después de recuperarme de mi trance salí hasta el jardín, el cual parecía kilométrico.

En él pude ver a una pareja de ancianos paseando de la mano mientras sonreían.

No tan alejada de ellos logré ver a Lottie, quien estaba sentada en un banco al lado de una fuente.

Cuando estaba lo suficientemente cerca vi cómo ella levantaba su mirada y nada más verme sonrió.

—Hola, cielo, ya has llegado —dijo ella mientras me hundía en un abrazo —. Tienes los mismos ojos que tu madre. —Acarició mi mejilla con dulzura.

No supe qué responder. Ella sabía que odiaba que me comparasen con ella. Físicamente éramos idénticas, pero sé que jamás seríamos iguales en todo lo demás.

—¿Estabas leyendo? —Traté de olvidarme de aquella comparación.

—Me encantaría, pero he perdido mis gafas —dijo con algo de pena.

Notaba que había algo que estaba mal, pero no sabía el qué.

Lo único que me reconfortaba de que ella padeciera aquella enfermedad era que le hacía olvidar todo lo malo que había vivido.

Siempre hablaba de lo dura que había sido su infancia, tuvo que huir de su casa porque su padre no quería que ella se casara con el abuelo.

Eso hizo que ella perdiese el contacto con su madre hasta el día que esta falleció.

Nunca se arrepintió de su decisión, sino de no haber luchado más por no perder el contacto.

El lado malo era que también olvidabas todo lo bueno que lo malo te dio.

Cogí el libro con cuidado mientras me sentaba a su lado. Al leer la portada no evité sonreír. Era el libro de *La Blancanieves*.

—Me leías este libro cuando era pequeña para dormir —recordé—. Siempre decías que me parecía mucho a ella.

—Es mi favorito porque me recuerda a ti —sonreí ante su respuesta—. Pey, ¿es tu novio?

—¿Quién? —pregunté yo sin acabar de entender qué sucedía.

—Este chico tan guapo —señaló a Cole, quien se acercaba hacia nosotras.

—No lo es —dije algo sonrojada.

—Buenas tardes —saludó él.

Se había cambiado de ropa, ahora llevaba el mismo uniforme que los otros enfermeros.

—Tienes muy buen gusto, cielo —dijo Lottie en voz alta haciendo que por segunda vez en el día desease desaparecer.

—Sí, siempre he sabido escoger buenos libros —intenté salvarlo, pero por la sonrisa que Cole tenía no me había salido muy bien.

—¿Qué libro es? —Sin decir nada él me arrebató el libro de mis manos.

—¿Verdad que mi nieta se parece a Blancanieves? —preguntó Lottie.

—La verdad es que sí —concuera con ella—. Aunque esperemos que nadie intente envenenarla. —Mi abuela rio ante su comentario.

Cuando ya estábamos yendo hacia la salida no evité parar a observar a una mujer que estaba entretenida coloreando un dibujo impreso de una niña.

Ella al darse cuenta de que la estaba mirando se giró con una sonrisa.

—¿Te gusta? —preguntó mientras me mostraba su dibujo.

—Mucho.

—¿De qué color pintarías el lazo?

—Sin duda, de rosa.

—Había pensado lo mismo —sonreí—. Muchas gracias, cariño.

Al salir del centro de día estaba de muy buen humor, **era como si algo dentro de mí estuviese empezando a florecer.**

Tal vez solo era la presencia de mi abuela, pero algo me decía que no solo era eso.

Capítulo 10

Siempre había sido una bola de nervios. No sabía ni cómo pensar cuando me veía atacada.

Antes de cada competición me esforzaba por ocultarlos, pero cada vez era menos eficaz el pensar en mi lugar seguro y lograr tranquilizarme.

Todo a causa de que mi lugar seguro ya no se veía tan seguro. Simplemente ya no veía a mi lugar seguro en las competiciones.

Era Lottie quien venía siempre a calmarme, a decirme que lo diese todo y que sobre todo disfrutara. Aunque solo disfrutaba si ganaba. No recuerdo cuándo fue la última vez que perdí. Aquella donde ella estuvo para mí.

« Al ver que había llegado la segunda no evité ponerme a llorar.

Odiaba ver cómo la gente pasaba por encima mío.

Era superior a mi oponente, eso lo tenía claro. No sabía en qué había fallado.

Después de que me diesen la medalla con un dos enorme me la quité, no quería nada que me recordase a mi fracaso.

Nada más salir del vestuario vi cómo mi abuela me esperaba con un ramo de flores, creo que eran lirios.

*—Muchas felicidades, cielo —dijo mientras me abrazaba—. ¿Por qué lloras?
—preguntó mientras sostenía mi cara con ambas manos.*

—Soy una perdedora —me quejé.

*—Pey, has quedado segunda —dijo lo evidente—. Hay veces que ganarás y
otras que perderás, pero cuando pierdes no significa que seas una perdedora.
Eso solo lo es quien no aprende a levantarse después de una derrota».*

Para solo tener diez años esas palabras me marcaron. Es cierto que no volví a perder. Pero sabía que jamás volvería a llorar cuando perdiese.

Antes de que me diese cuenta mi respiración ya se encontraba entrecortada. Intenté distraerme con cualquier cosa, desde mirar al suelo hasta ordenar mis tres únicas cosas, las cuales estaban colocadas a la perfección en el banco de madera.

No fue hasta que mi mirada se dirigió hacia la grada, donde por primera vez no solo se encontraban Molly y Brody, sino Cole.

El llevaba un cartel con él, no tardé en reconocer quién era la dueña de él.

Era el mismo cartel que días antes me había hecho mi abuela.

No me contuve al sonreír, Cole sonrió al ver mi expresión. Mi respiración volvió a la normalidad, ahora quien no paraba de palpar era mi corazón.

Cuando nos llamaron para colocarnos en nuestros sitios yo ya me encontraba bien. Tenía un buen presentimiento. Por primera vez en mucho tiempo, volvía a tener ganas de nadar y sobre todo de ganar.

—¡A sus metas!

Me posicioné mientras cogía aire, mi mirada solo podía ver algo.

Agua.

Aquella que siempre había sido un hogar y donde mejor me sentía.

Solo éramos el agua y yo.

Apreté mi agarre en los bordes.

—¡Piiiiip!

Salté y mi único pensamiento no solo era nadar, sino volar hasta que mis piernas no pudiesen más. Aunque el dolor se volvía invisible cuando el ansia de ganar te poseía.

No me di cuenta, había llegado la primera. Me limité a flotar sobre el agua mientras todas las gradas gritaban mi nombre.

Para muchos hubiese sido un sueño algo así. Pero no me importaban cientos de voces cuando solo quería escuchar la voz de una persona. La cual no se encontraba presente.

Mi entrenador vino corriendo hacía mí. Mientras saltaba ilusionado.

—¡Has batido tu propio récord! —gritó—. ¡Eres increíble!

No sabía cómo lo había hecho. Había nadado mientras arrastraba todo aquello que aún me atormentaba. Pero por un momento me olvidé de todo aquello y volvimos a ser el agua y yo.

Salí de la piscina mientras me quitaba el gorro. Siendo honesta a nadie le quedaba bien aquella tortura de látex.

Ethan me levantó del suelo mientras me hundía en un abrazo.

Miré hacía las gradas, donde Bri saltaba al lado de mis dos mejores amigos.

Cuando salí del vestuario agradecí la enhorabuena de varias personas, no las conocía de nada.

Vi a mis amigos sentados en un banco. Al verme se levantaron y corrieron hacía mí.

—Parecía que volabas en el agua —me dijo Molly.

—Por un momento juro que te he confundido con una sirena. —Brody me hizo reír.

—Nunca antes te habíamos visto nadar tan rápido. —Siendo sincera, me sorprendía hasta a mí.

—Por cierto, hay cierto chico que también ha venido a verte. —Mi amigo me sonrió mientras me guiñaba un ojo.

—Juro que lo he visto saltar cuando has ganado —añadió mi amiga.

Ambos se apartaron dejando ver a Cole. Quien estaba apoyado en una columna, él seguía sonriendo, igual que cuando nos habíamos mirado.

Sin decir nada levantó el pequeño cartel de Lottie.

¡Tú puedes, cielo!

No sé si fue porque había tragado demasiado cloro o porque me dejé llevar por la euforia del momento.

Me acerqué a él y lo abracé. No fue lo más inteligente, ya que una vez en sus brazos supe que para separarme de ellos debían venir olas más fuertes que las de Vancouver.

Por primera vez alguien había podido ocupar el lugar de mi abuela. Aunque fue algo momentáneo y no me quería acostumbrar. Ya que me había acostumbrado a no aferrarme de más.

Creía que tenía la mala suerte de atraer a gente que no es permanente.

Mi cabeza decidió evadir las alarmas y dejar disfrutar de aquel momento.

Capítulo 11

Si odiaba levantarme por una alarma, detestaba más levantarme cuando alguien me llamaba por teléfono.

No solo por el hecho de tener que abrir los ojos, sino por tener que hablar con alguien cuando mi única motivación era volver a cerrarlos.

Aunque todo eso voló de mi cabeza cuando vi que quien llamaba era mi padre.

Algo grave había tenido que pasar para que él se dignara a llamar.

Mi mano tembló cuando presioné el botón de contestar.

—¿Sí? —dije mientras me sentaba en mi cama.

—Hola, Peyton. —Nada más escuchar su voz grave, un escalofrío recorrió mi cuerpo—. Te llamo para informarte de que tu abuela el martes fue al médico. Le van a cambiar la medicación, está avanzando bastante rápido.

Me parecía absurdo que él se enterase antes de estas cosas que yo. Era yo quien pasaba todos los días con ella. No ellos, los cuales se habían desentendido por completo de ella.

Era increíble la calma con la cual lo decía. Su madre estaba aquí y él estaba a miles de kilómetros, como si nada pasara.

Nunca iba a entender como alguien sería capaz de olvidarse por completo de la existencia de alguien.

—Vale —me limité a contestar.

—¿Me puedes pasar a tu abuela? —Su pregunta se ganó una carcajada sarcástica por mi parte.

—Voy.

Aunque no quería hacerlo sabía que no era decisión mía si ellos hablaban.

Me levanté de la cama para ir hacia la habitación de Lottie. Donde ella se encontraba sentada en su sillón mientras miraba por la ventana con la mirada perdida.

A veces me hubiese gustado saber qué pasaba por su cabeza. Tal vez así la entendería mejor.

—Lottie, es tu hijo —le extendí el teléfono.

—Gracias, cielo —dijo mientras lo cogía. —Hola, cariño. Muy bien. ¿Tú? Me alegro. Iré a dar una vuelta. Ella también está bien. Vale. Te quiero. Adiós.

Ella me volvió a dar el móvil. Antes de que pudiese colgar escuché cómo él volvía a hablar.

—¿Cómo van las clases? —preguntó haciendo que yo frunciera el ceño.

—Te agradezco que me hayas llamado para informarme sobre Lottie y hablar con ella, pero no hace falta que juegues a ser padre —contesté esta vez de mala forma—. Adiós, Grayson.

Colgué. Decidí hacerlo, aunque lo único que quería hacer era gritarle. Chillar, ya no solo por su ausencia, sino por desentenderse de su madre. Cuando era ella quien le necesitaba por primera vez.

Decidió olvidar que su madre estaba enferma. Fue ella quien lo cuidó cuando él se resfriaba, cuando algo malo le pasaba, era quien más se preocupaba.

Había intentado empatizar con él. Sabía que actuaba así para olvidarse de que su madre estaba mal.

Era una decisión egoísta. Mientras se preocupaba por su bienestar se olvidaba por completo de la persona afectada.

Toda esa situación me hizo recordar a cuando era Lottie quien atendía las llamadas de papá.

«Lottie había contestado el teléfono hacía apenas cinco minutos y por su cara sabía quién había llamado.»

Ella silenció la llamada mientras se acercaba a mí.

—Cielo, es tu padre, quiere hablar contigo —inmediatamente empecé a negar con la cabeza—. Cariño, ahora te llamo, Pey está en la piscina, ahora le aviso.

Cuando ella colgó dejó el móvil encima de la mesa y se sentó a mi lado en el sofá.

—Ya sé que no quieres hablar con él, pero a veces tenemos que hacer cosas que nos gustan más o menos. —A pesar de sus dulces palabras yo seguí firme a mi decisión—. Puedes hacer dos cosas, alejarte de la situación y olvidarte por completo, o enfrentarte a ella y superarla. Tu padre va a seguir siendo tu padre toda la vida, aunque huyas de ello. Pero la familia más importante no es con la que naces, sino quienes le dan el significado a la palabra, y tienes el poder de escoger quienes son.

Tal vez fue su sonrisa o sus palabras, pero me hizo cambiar de opinión al instante.

Extendí mi mano esperando que ella depositara el teléfono en ella.

—Estoy muy orgullosa de ti, Pey. —Dejó el móvil en mi mano junto con un beso en mi frente».

Yo había tenido la suerte de nacer en la misma familia que ella y sabía que si no hubiese sido así, la habría escogido en esta vida y en mil más.

Capítulo 12

Solo iba a mi playa cuando no tenía deberes u otras cosas que hacer.

Vale, tal vez eso lo decía para quedar bien, la realidad es que iba aun teniendo otras cosas.

Ir al mar siempre me ayudaba. No solo a pensar, sino también a dejar de hacerlo. De cierta manera aliviaba todo.

Cuando era pequeña me encantaba ir y no solo por pensar que de tanto estar en el agua me saldrían escamas. Sino porque me encantaba ver peces. Siempre les ponía nombres e imaginaba que podía hablar con ellos.

Amaba poder sentir las olas chocando contra mi cuerpo, cómo los ojos me picaban por abrirlos bajo el agua y sobre todo cómo podía pasarme horas pensando que solo habían sido un par minutos.

Era un privilegio tener una playa privada, aunque legalmente no creo que lo fuera. Aquí la gente no solía venir, era una zona más residencial y alejada de la ciudad.

Desde donde me encontraba podía ver todos los rascacielos de Vancouver, era muy afortunada.

Mi tranquilidad se vio interrumpida cuando escuche a un grupo de hombres llegar.

Al girarme pude ver que se trataba de un grupo bastante grande.

Odiaba el ruido y más cuando no éramos mis amigos y yo los que lo provocaban.

No tardaron en poner música y meterse al agua. Se encontraban bastante lejos, aunque no tanto como hubiese deseado.

Cuando ya estaba decidida a irme vi algo, o más bien a alguien que me hizo cambiar de opinión.

Era Cole.

Nada más verle decidí darme la vuelta. Él sabía que vivía aquí y seguramente no tardaría en verme. Aunque si tenía suerte, tal vez estaría más entretenido con sus amigos.

Me hundí bajo el agua, sosteniendo la respiración. Siempre lo hacía, intentaba aguantar lo máximo posible, el truco estaba en poner tu mente en blanco y concentrarte en la respiración.

Al salir aparté varios cabellos de mi rostro, me rasqué los ojos, los cuales me picaban, y recuperé la respiración.

Decidí que ya era hora de irme, aunque me hubiese gustado quedarme más, pero no me apetecía escuchar a gente chillar.

Una vez fuera del agua busqué mi toalla y cuando ya estaba enrollada en ella me senté en el suelo mientras veía como el sol se ponía.

Algo que amaba de los atardeceres era que todos y cada uno de ellos eran totalmente diferentes, pero siempre eran bonitos y únicos a su manera.

Antes de levantarme e irme a casa decidí dedicar una última mirada hacia los propietarios de tanto ruido.

Como si mis ojos lo necesitarán lo busqué con la mirada, pero parecía que él me había encontrado antes.

Le sonreí al ver que él ya lo había hecho, me puse nerviosa al ver como se acercaba.

No entendía el porqué, no era la primera vez que hablaba con él. Aunque mi visión de él cada vez era más diferente.

—Hola, antes te he visto, pero no sabía si acercarme —dijo una vez se encontraba frente a mí.

—Hola, ¿qué haces aquí? —pregunté yo intentando esconder mi felicidad.

—Día de convivencia —respondió él—. Lo hacemos una vez al mes, aunque es más una fiesta —añadió.

A lo lejos sus amigos nos miraban, no trataban de disimular ni un poco.

—¿Estabas entrenando? —Sin decir nada se sentó a mi lado.

—No. Solo me apetecía estar un rato en el agua tranquila, pero he escuchado voces y lo he interpretado como una señal para irme. —Él se rio.

—Preguntaron a qué playa ir y solo se me ocurrió esta.

Podría poner la mano en el fuego y decir que estaba mintiendo. En mis diecisiete años de vida nunca había venido ni una sola persona aquí.

—Te diría que es casualidad que nos hayamos encontrado, pero creo que no lo es —dije algo nerviosa.

—Bueno, tal vez me alegro de que no haya sido casualidad. —Su respuesta dejó mi mente en blanco.

¿Qué se suponía que quería decir con eso?

Bueno, creo que era evidente que me quería ver.

Algo que era totalmente mutuo.

—¿Dónde está tu abuela? —Cambió directamente de conversación.

—Está dentro con su mejor amiga —dije mientras jugaba con mis manos—. Según ellas hoy es día de vino, aunque la única que va a beber es Bri.

Tantas cosas habían cambiado y ya no solo el hecho de que no pudiesen celebrar su día de vino, sino todo.

Cuando él estuvo a punto de hablar una voz hizo que ambos levantáramos la cabeza.

—¿Capi, vienes?! —gritó uno de su equipo—. ¡Tu novia puede venir también!

Lo último hizo que me pusiese roja al instante.

—No hace falta que vayas si no quieres —me dijo Cole intentando que la situación no fuese más incómoda de lo que era.

—Por supuesto que vamos.

Otra voz a nuestras espaldas hizo que nos diéramos la vuelta.

Bri me miraba con una sonrisa sincera, en su mano derecha se encontraba una copa de vino y en la izquierda un cigarro.

En cambio mi abuela, a su lado, no paraba de mirarnos con un pequeño brillo en su mirada.

—Cielo, Bri se ha bebido toda la botella dejándome solo con el olor —se quejó mi abuela con algo de pena.

—¿Vamos o qué, chicos? —Su mejor amiga ignoró la queja.

—Si insistís —dijo Cole a mi lado, con una sonrisa.

Él fue el primero en ponerse en pie. Se puso delante de mí mientras extendía una mano. No dudé mucho y la cogí.

Sentí lo mismo que había sentido en aquel balcón.

Una vez con sus amigos Lottie y Bri se encontraban en la orilla riendo con dos defensas.

Yo había optado por meterme al agua con Cole, Nolan y Wyatt.

—Vaya casoplón tienes —dijo Nolan, quien ya había tragado más cerveza que agua.

—Gracias, **la construyó mi abuelo para mi abuela** —expliqué haciendo que los tres jugadores abrieran la boca sorprendidos.

Ese no era el único acto de amor que había hecho mi abuelo. Se pasó la vida entera enamorando a la mujer con la que ya estaba casado.

Decía que el amor jamás debe ser costumbre, sino un deber.

Las palabras muchas veces no bastan. Son más los hechos, que se sienta escuchada, apreciada y amada.

—Te reto a una carrera —soltó el chico que más borracho iba.

—¿Te recuerdo que hace natación? —dijo Cole a su amigo haciéndome sonreír.

—No creo que me gane.

Amaba ganar y más aún cuando el oponente se veía con posibilidades de ganarme.

—Está bien. Espero que no te canses —dije mientras me reía.

—El primero que llegue a la orilla gana. —Extendió su mano y no dudé en aceptar.

Podría ganarme en una pista de hielo, pero en el agua no tenía rival.

—Vas a perder —se burló Wyatt de su amigo.

—Una, dos y... itres! —Cuando la S se silenció en los labios de Cole yo ya me encontraba a medio camino.

No tardé más de un minuto en llegar donde se encontraba el resto del equipo.

Al salir del agua vi a Nolan a mitad de camino, quien parecía estar a punto de ahogarse.

Una vez a mi lado tardó un par de minutos en recuperar el aire.

—Sí que eres rápida —dijo el perdedor.

—Gracias. —Me limité a reír mientras el resto de sus compañeros se burlaban de él.

Poco más tarde de las cinco yo me encontraba sentada en la arena al lado de Lottie.

—¿Quién es el chico tan guapo que no te deja de mirar? —preguntó esta haciendo que yo frunciera el ceño.

—¿Quién me está mirando?

Ella sin disimular señaló a Cole, quien parecía estar en una conversación, pero sus ojos estaban clavados en mí.

—Es un amigo —me limité a responder.

—Tu abuelo también me miraba así.

Su respuesta me hizo pensar.

Pensar en si ella veía al abuelo en Cole.

En si alguna vez yo tendría a alguien como mi abuelo. Alguien que sería capaz de construirme una casa solo para mí.

Sobre todo si yo me merecía un amor así.

Capítulo 13

¿Había un mejor plan que ir de compras con tus dos mejores amigos?

La respuesta era no. Amaba sentir que hacía pesas con las bolsas llenas de ropa y sobre todo las conversaciones que teníamos.

—¿Cómo te va con tu estrella del *hockey*? —me preguntó Brody.

Vale, a estas conversaciones no me refería.

—Como mi relación con vosotros. Una muy bonita amistad —traté de evadir el tema.

Ni yo sabía cómo iba. Ni como sentirme al respecto.

—Sois tan monos juntos —añadió Molly haciendo que rodara los ojos—. Sienna opina lo mismo.

—¿Desde cuándo Sienna y tú sois amigas? —pregunté algo sorprendida.

—Se acercó a preguntarnos si habías venido en la fiesta del viernes pasado —respondió Brody—. Si hubieras venido lo sabrías.

Lo cierto es que no me apetecía para nada ir para volver a experimentar lo que me había pasado en la última fiesta.

—¿Qué más os dijo? —me interesé por el tema.

—¡Sabía que te gustaba! —chilló mi mejor amigo haciendo que varias personas nos mirasen.

—Se te nota tanto, Pey... —apoyó Molly—. No sabes cuánto nos alegra verte así de nuevo.

—Sigo igual que siempre.

—**Aunque tú ahora no lo veas te ves mucho mejor** —añadió mi mejor amiga.

—Encima con las cosas tan bonitas que te has comprado alguien no te dejará de mirar. —Me hizo reír el comentario de mi amigo pecoso.

—Vamos a tomar algo. —Cambié de tema mientras aún reía.

—Lo hemos invocado —dijo Brody mientras miraba hacia delante.

Al mirar donde él estaba mirando me encontré con Cole y no iba solo. Su familia le acompañaba.

Él al verme sonrió contagiándome su sonrisa.

—Hola —dijo cuando ya se encontraba bastante cerca de mí.

—Hola, parece que no nos paramos de encontrar —dije recordando aquella tarde en la playa.

Tarde en la cual Bri se había vuelto a sentir una animadora y donde mi abuela volvió a su juventud, esta vez más sobria.

—Tú debes ser Peyton. —Se acercó una mujer dándome un abrazo.

Si no fuese porque tenía la misma cara que Cole, nunca hubiese adivinado que se trataba de su madre, lucía muy joven.

—Encantada, soy Amelia. Mi hijo vive fascinado por tu abuela. —Delató a su hijo haciéndome reír—. Yo ya sabía que le iba a encantar ir hacer un voluntariado, siempre ha tenido buena mano con las personas mayores.

—Me alegro de que mi abuela esté en tan buenas manos —lo dije de corazón.

—Algún día podríais venir a cenar a casa. Ellos son mi marido Arjun y mi hija pequeña Lily —me presentó al resto de su familia—. Pueden venir también tus padres.

Aquello último había dado directo con mi corazón. Yo nunca había ido al centro comercial con ellos. Ni siquiera a dar una simple vuelta por algún lado.

—Ellos están fuera, así que no creo —traté de disimular lo mejor que pude.

—No te preocupes, contigo y tu abuela tenemos más que suficiente. —Hizo que olvidase la ausencia de mis dos progenitores—. Bueno, pues ya hablaréis Cole y tú, así decidís un día.

Su hijo, el cual se encontraba a un lado de ella, le miraba con una sonrisa. Supongo que si mi madre fuese así también tendría esa mirada.

—Por supuesto.

—No os entretengo más, chicos —dijo ella sonriendo—. Ha sido un placer por fin ponerte cara, Peyton.

Cuando su familia ya se había adelantado, Cole permaneció en su sitio.

—Siento lo de mi madre, es demasiado extrovertida —se disculpó él.

—No te preocupes, es increíble —admití sincera—. A mi abuela le caerá genial. —Eso último le hizo sonreír.

—De eso no tengo ninguna duda —dijo él—. Bueno, yo también me voy ya o empezarán a comer sin mí.

—Adiós —me despedí de él viendo cómo volvía con su familia.

—Ya te has ganado a la suegra —rió Brody a mi lado.

Esa misma noche, cuando trataba de dormir, me pregunté si Cole sabía lo afortunado que era de tener una familia como la suya.

Muchas veces por costumbre no sabíamos ver lo afortunados que éramos, solo asentíamos y pensábamos que era lo más normal. Mientras que para otros era normal las dos sillas vacías en la mesa.

Pero mientras Lottie ocupara alguna de ellas me bastaba.

Capítulo 14

Supongo que ya me iba acostumbrando a eso de ir a ver los partidos.

Muy a mi pesar debía admitir que me empezaban a gustar.

Sobre todo si tenía la compañía de Sienna. Quien se había convertido en mi compi de partidos.

Poco a poco me iba enterando de lo que pasaba durante el partido, aunque aún no lo sabía todo. Pero por lo menos ahora sabía las reglas básicas.

—Me contó Cole que el otro día conociste a su madre —asentí mientras Sienna hablaba—. Es un amor.

—Sí, fue muy amable —dije con una sonrisa al recordar a la mujer rubia.

Me había causado muy buena impresión. Tenía a quien parecerse Cole.

—Hablando de ella. Mira quien viene por ahí.

La familia de Cole se estaba acercando a nosotras.

Lily, la hermana pequeña, corrió a abrazar a Sienna.

—¡Peyton! Que alegría verte —dijo Amelia al verme—. Espero que a los padres de Nolan no les importe que me sienta en su sitio.

—¿Cómo llevas las competiciones? —me habló por primera vez Arjun.

—Muy bien, la semana pasada quedé primera, así que de momento me mantengo en el podio —respondí.

—¿Hace cuanto que nadas ? —volvió a preguntar.

—Bueno, creo que aprendí antes a nadar que a caminar. —Él rio ante mi contestación.

—Cole nos ha dicho que eres muy buena —añadió Amelia haciéndome sonreír —. Arjun fue el primer entrenador de mi hijo.

—Desde pequeño ya podía ver que tenía mucho talento —dijo su padre orgulloso.

—¿Tu padre te enseñó a nadar? —Volvió a darme directamente en el corazón.

—No. Creo que él nunca me ha visto nadar —sonreí con pena. Al ver la cara de confusión de ambos decidí aclarar toda la situación—. Ellos se han pasado toda su vida ayudando a los más necesitados, no han tenido mucho tiempo para mí.

Amelia asintió, supongo que mi mirada me delató.

Odiaba hablar de ellos. De lo que nunca habían sido y sabía que jamás serían.

—La próxima vez que compitas iremos a verte. —La seguridad con la que habló ella me hizo sonreír.

—Estoy seguro de que ellos están muy orgullosos de ti —añadió Arjun haciendo que mi corazón encogiera.

No quería llorar. No aquí.

No sabía ni siquiera si mis progenitores eran conscientes de la edad que tenía.

Y dudaba mucho que se sintieran orgullosos de alguien que para ellos era una completa desconocida.

—¡Ya empieza! —exclamó emocionada Amelia.

Sentí gran admiración y cierta envidia al ver como ambos padres animaban a su hijo en cada pase que hacía.

Era lo que siempre había soñado, simplemente verlos viéndome hacer cualquier cosa.

Era triste mi realidad, la cual yo misma había tratado de olvidar. Aunque fuese doloroso, no me podía aferrar a un sueño imposible.

Pensaba que así el dolor desaparecería.

—¡Chuta! —gritó Arjun al ver que su hijo se hacía con el *puck*.

Al ver cómo Cole lanzaba haciendo que la red de la portería casi se rompiese todos nos levantamos.

—¡Gooooo! —chilló su madre haciendo que casi me quedara sorda.

Sus compañeros se lanzaron sobre él. Pero no tardó mucho en separarse de ellos, para acercarse al cristal, que estaba en frente de nosotros.

Yo mantuve mi mirada en sus padres, los cuales seguían celebrando.

—¡Peyton, mira! —me gritó Sienna a mi lado.

Al dirigir mi mirada hacia el frente pude ver como él me miraba. Debajo de su casco escondía una sonrisa. La cual se estaba volviendo una de mis favoritas.

Me señaló mientras aún permanecía en *shock*.

—Te ha dedicado su gol —me dijo Amelia a mi lado.

No supe cómo reaccionar, solo podía sonreír. No sabía si sería capaz de dejar de hacerlo.

Él volvió con el resto de su equipo mientras estos le empujaban y se reían.

—Que mono. —Sienna me abrazó por los hombros.

—¿Tú sabías que iba a hacer eso? —le pregunté yo aun asombrada.

—Que va, no tenía ni la menor idea.

Cuando el partido acabó yo aún seguía sin asimilar nada de lo que había pasado.

—Que partidazo —dijo Amelia a mi lado.

—Si siguen así pueden ganar la liga —comentó Arjun.

—Ha sido muy buen partido —añadió Sienna—. Me acaba de decir Cole que nos espera en el restaurante —dijo mientras guardaba su móvil en el bolso.

—Peyton, ¿quieres que te llevemos? —me preguntó Amelia con una sonrisa.

—¿A dónde?

—Siempre que ganan van a cenar a un restaurante —me aclaró las dudas Arjun.

—A Cole le gustará verte. Así podréis hablar sobre su gol. —Sienna me hizo reír.

—Te llevamos nosotros —afirmó Amelia—. Vamos.

Sin poder decir nada ella me rodeó con su brazo y me guio hasta su coche.

Había venido con Sienna, así que no debía preocuparme por mi coche.

Me senté detrás. Junto a Lily.

—Peyton —me llamó esta. —¿Cómo puedo llamar a mi peluche?

Me mostró a su elefante rosa.

—No sé cómo llamarle —dijo ella algo preocupada.

—¿Es hembra o macho? —le pregunté.

—Es hembra.

—Su color de piel es muy bonito —admití —¿Por qué no la llamas Pinky?

Dije el primer nombre que se me ocurrió.

—¡Me encanta! —dijo ella mientras admiraba a aquel peluche.

No tardamos mucho en llegar al restaurante. Durante todo el trayecto fuimos detrás del coche de Sienna.

Al bajarnos de él, pude ver como no era la única familia que iba a la cena. Sus camisetas les delataban.

Sienna corrió hacia mí entrelazando su brazo con el mío.

—El otro día conocí a tus dos mejores amigos —explicó—. Esperaba que estuvieras en la fiesta. Quería tomarme un chupito contigo.

—En la próxima fiesta —prometí.

—Siempre podemos esta noche —sonrió cómplice.

—Hoy no vamos a beber, Sienna —dijo Amelia metiéndose en la conversación.

Al entrar al restaurante vi como ya se encontraba todo el equipo celebrando.

Cole se levantó para saludar a sus padres.

—Mira mi nuevo peluche. —Lily le enseñó el elefante a su hermano—. Se llama Pinky, Peyton le ha puesto el nombre.

—Qué bonito —sonrió mientras me miraba.

—Felicidades por el gol —dije yo algo nerviosa—. Y gracias por dedicármelo.

No sabía si se debía agradecer el que te dedicaran un gol.

Era la primera vez que alguien lo hacía.

—No es nada —le restó importancia.

—¿Cómo que no? Es el mejor gol que ha metido en su vida —se unió Nolan a la conversación, mientras pasaba un brazo por los hombros de su amigo.

Yo me limité a reír.

—Tienes que venir a más partidos, así marca más. —Apareció Wyatt a mis espaldas—. Nunca lo había visto jugar tan bien. No sabía que se le daba tan bien el *hockey*.

—Vaya. Muchas gracias, chicos —dijo Cole riendo.

La noche transcurrió así, bajo risas y bajo su atenta mirada, la cual desee que jamás apartara.

Capítulo 15

Me había quedado dormida mientras estudiaba. Aunque amase mi gran habilidad de dormirme en cualquier lado a veces la detestaba. Esta era una de esas veces.

Fue mi abuela quien me despertó. No solo yo había llegado tarde, sino que ella también.

Corrí por los pasillos, esperando que me dejaran entrar a mi clase de historia. Aunque en el fondo deseaba que no lo hicieran.

Me paré al escuchar mi nombre. No me gustaba escuchar conversaciones ajenas, pero si estas incluían mi nombre, no podía simplemente matar la curiosidad e irme.

Asomé un poco la cabeza en los baños de hombres. Vi a Cole y a dos sombras delante suyo. Supuse que eran Nolan y Wyatt.

Me escondí detrás de la puerta, escuchando lo que decían.

—Ayer ni disimulaste —escuché a Nolan hablar.

—Es que no puedo. Es imposible poder mirar a otro lado cuando sé que ella está en la misma habitación —dijo Cole mientras soltaba un lento suspiro.

—Se nota mucho que te gusta —añadió Wyatt—. Hasta Sienna lo dice y ella no es de darse cuenta de estas cosas.

—Lo sé, estoy muy jodido. —Pasó una mano por su pelo rizado mientras fruncía el ceño—. Pero no puedo evitar buscarla en cada pasillo, en cada rincón. Es inevitable.

—Yo creo que Peyton siente lo mismo que tú —habló Nolan haciendo que mi corazón empezase a luchar por salir de mi pecho.

—Exacto. Ella tampoco te deja de mirar —apoyó Wyatt.

—Vamos a clase. Ya veré qué hago. —Antes de que pudiese escuchar nada más decidí salir corriendo.

Efectivamente no me dejaron entrar en historia. Aunque eso significase saltarme una clase, no podía sentirme feliz de no escuchar aquel sermón.

Pero después de lo que había escuchado sabía que no iba a concentrarme.

Mucho menos sabiendo que a Cole Lavoie le gustaba.

Era raro el hecho de pensar que le podía gustar a alguien. No era la primera vez que alguien lo decía.

Primero estuvo Alex. En primero le dijo a todo el mundo que sería mi marido. Supongo que era una obsesión, nunca cruzamos ni una sola palabra.

Luego estaba Mason, quien decía que mis labios eran adictivos. Supongo que era atracción.

Así que en cierta manera sí era el primer chico que decía que le gustaba. Y no por simple capricho o atracción. Sino porque cuando nos mirábamos éramos capaces de olvidar el resto del entorno.

Dudé mucho que eso fuese verdad. Dudaba en que alguien pudiese sentir algo así por mí. En cierto modo me aterraba pensar que a alguien le gustaba yo y no solo mi cuerpo, mi rostro o mis palabras.

Sino mi ansiedad, mis pensamientos más profundos, mis problemas, mi risa nerviosa, mi pelo despeinado a causa del aire, mis ojos rojos por haberme pasado todo el día nadando.

No podía gustarle a alguien si esa misma persona no conocía mis demonios. Sabía que a nadie le gustaban los demonios ajenos. Suficientes teníamos nosotros. Pero al final, eso también te ha de agradar.

Gustar y amar era algo totalmente distinto. Era consciente de eso.

Entendía el amor como amar a alguien hasta el punto de amar sus más grandes imperfecciones, aunque estas no te agraden.

Sentir que serías capaz de hacer cualquier cosa por un simple beso o una mirada rápida. Ser capaz de esperar, de prosperar y alentar cuando esta no pueda más.

Sobre todo entendía el amor como el que Lottie me dio.

Como el amor que se tenían mis abuelos. Como mi amor por el mar.

Pero hoy en día era de mucho esperar que alguien se atreviera a amar y a dejar su egoísmo de lado y en solo poder ver a una persona a su lado.

Cuando decía que el romanticismo había muerto no me refería al hecho de que alguien ya no escribiese cartas a su amada, a que alguien dedicase años de su vida en hacerle un cuadro a su esposa o a simplemente escuchar por horas hablar de algo que a ti no te interesa, pero estás más atento en el brillo de sus ojos y en la destreza con la que bailan las palabras.

Me aterraba amar, me aterraba que jamás me amasen de la misma manera en la que yo lo haría.

Capítulo 16

Había decidido enfrentarme a aquello que pensaba que ya había escondido en el cajón más profundo de mis pensamientos. No me refería a estudiar matemáticas. Sino a arreglar el jardín. Devolverle un pequeño pedazo de todo lo que Lottie me dio.

Me pase horas comprando flores, herramientas y abono. Quería que el jardín volviese a tener vida. Tal vez quedaba como Frankenstein, pero me había prometido que intentaría darle el mismo amor que ella le dio.

La gran mayoría de tulipanes ya estaban plantados cuando el autobús llegó.

No se podía decir que había estado evitando a Cole desde que le había escuchado hablar en aquel baño. Pero era cierto que trataba de verlo lo menos posible. Pero había veces donde era inevitable verle.

Primero bajó mi abuela, seguida de ella apareció él.

—Qué flores más bonitas —fue lo primero que mi abuela me dijo.

—Aún faltan los lirios y las rosas —le dije con una sonrisa.

—Los lirios son mi flor favorita —yo asentí recordando todas sus palabras.

—Lo sé, habrán muchos, de diferentes colores y aromas. —Su sonrisa se alargó.

—Te voy a preparar algo para merendar, así seguro que no te cansas. —Ella salió disparada hacia el interior de la casa.

Él perduró delante de mí. Ambos nos mirábamos. Ambos deseábamos decir algo. El silencio era largo. No incómodo. Estaba lleno de palabras.

—¿Significa mucho el jardín para ella, verdad? —fue lo primero que dijo.

—Mucho, antes había miles de flores —expliqué—. En verano la gente siempre se paraba a contemplar lo que era fruto de su amor.

—Estoy seguro de que te quedará igual que a ella —dijo seguro de sí mismo.

—Eso espero.

—Cuando acabe vendré a ayudarte, así Lottie mañana al despertar lo verá.

—No hace falta, de verdad —dije yo deseando que me llevase la contraria.

—Lo quiero hacer de verdad —me leyó la mente.

Me pasé gran parte de la tarde cavando y plantando. Era gratificante poder ver como poco a poco el jardín volvía a sonreír.

No esperé que él llegase. Supuse que lo dijo por compromiso, para quedar bien.

Antes de que el sol se empezará a poner vi como un coche aparcaba en la entrada.

De él bajo Cole, con una bolsa blanca que lucía pesada.

—Hola —saludó él—. Siento haber llegado tan tarde, el autobús da muchas vueltas —se disculpó mientras se sentaba a mi lado—. No solo eres rápida en el agua.

Contempló todas las flores que ya se encontraban entrelazadas con la tierra húmeda.

Sin decir nada se sentó a mi lado, lo hizo en silencio.

—¿Por dónde quieres que comience? —preguntó con entusiasmo.

—Por las rosas, van al final del todo —expliqué mientras le extendía una pequeña maceta.

—Son las flores favoritas de mi madre —dijo él mientras las miraba—.
¿Cuáles son las tuyas?

—Los lirios. Lottie solía comparar a las personas con flores. Siempre ha dicho que yo le recuerdo a un lirio. Ella siempre me ha recordado a un girasol, por su alegría, fuerza y optimismo.

—¿A qué flor te recuerdo yo?

Su pregunta me hizo pensar. Aunque en el fondo no lo dudé. Sabía que él para mí siempre sería una peonia. Pero decidí inventarme una.

—A una fresia.

—¿A una fresia por qué?

—Porque nunca he sentido la necesidad de ocultar como realmente estaba por miedo a que me juzgaras.

Era cierto lo que acababa de decir, pero él siempre sería mi peonia.

Gracias a su ayuda cuando el sol ya estaba a punto de desaparecer en el mar ya habíamos acabado.

El jardín había resucitado, sus colores y sus aromas volvían a estar presentes.

Era como si la vela a punto de apagarse hubiese resurgido con una llama de quince metros.

Cole y yo decidimos sentarnos en las escaleras que se encontraban junto a la puerta.

—Mi abuelo construyó esta casa en honor a mi abuela. Hizo un jardín para que pudiese mostrar lo bella que era por dentro. Su habitación tiene un balcón por donde siempre puede ver como el sol se pone. El blanco de las paredes es del mismo color que el vestido de su boda. El azul de la fachada es del mismo color que la primera manta que arropó a mi padre —expliqué brevemente la historia de mi casa.

No me había preguntado, nadie nunca lo hizo. Pero sentía que debía compartir la historia con él.

—Tu abuelo estaba muy enamorado de tu abuela —mencionó sin quitarme los ojos de encima.

—Siempre lo estuvo, incluso cuando ella se negaba a salir con él. Ella se sigue arrepintiendo de no haber aceptado desde un inicio. Supongo que en cierta manera piensa que así hubiese podido disfrutar más de él.

Nos volvimos a quedar en aquel cómodo silencio. Donde las palabras no sobraban ni faltaban. Ambos contemplamos los lirios, las rosas, los girasoles y los tulipanes. Yo eché en falta ver una peonía.

—¿Alguna vez te han dicho que tienes la misma mirada que tu abuela?
—soltó él haciendo que me girase a mirarle—. No hablo del color de tus ojos,
hablo del brillo que tienes.

No supe qué decir, podría haber agradecido por aquel, que hasta ese
momento, había sido el mejor cumplido que alguien me había regalado.

Pero en vez de hablar se lo agradecí con un beso. Con un dulce y lento beso.

Colocó su mano en mi mejilla derecha, la cual ya estaba sonrojada.

Por primera vez había comprendido la historia de mis abuelos. Tanto tiempo
negando lo que sentía, perdiéndome algo tan mágico como sus besos.

Capítulo 17

Salí del pabellón mientras trenzaba mi corto cabello, aún húmedo.

El cielo había perdido su azul y ahora era gris. Quedaba poco para que empezase a diluviar. Con suerte, llegaría al coche antes de que las primeras gotas me impactarían.

Cuando visualicé mi vehículo me sorprendí al ver que junto a él se encontraba Cole. Quien me miraba sin disimular apenas. Yo tampoco traté de disimular, siendo honesta me gustaba lo que veía.

Una sonrisa apareció en mi rostro.

Recordé aquel beso, aquella conversación y todo lo que me estaba haciendo sentir.

Mentiría si no dijese que moría de ganas por volver a experimentar aquella sensación que él había hecho que me volviese adicta.

—Hola —saludé una vez me encontré frente a él.

—Hola, había pensado que quizás te apetecía hacer algo —sugirió él.

Tenía bastantes cosas para hacer, pero todas aquellas cosas me parecieron nada en aquel momento.

—¿Dónde vamos? —dije con una sonrisa.

—Sigue mi coche, es sorpresa —sin decir nada más salió disparado hacía el deportivo que se encontraba a unos pocos metros de mi Ford.

Subí al coche con una sonrisa. Con una estúpida sonrisa.

Todo aquello que empezaba a sentir me hacía sentir estúpida.

¿Como un beso me iba hacer sentir tanto?

No dejaba de darle vueltas a aquella pregunta. Sabía que no había ni una sola respuesta coherente. Quizás no quería encontrar una respuesta, sino que por primera vez quería dejar de buscar la respuesta a todo y disfrutar de aquel estúpido sentimiento, el cual era un recién nacido en mi pecho.

Seguí su deportivo. Había empezado a llover. Esperaba que su sorpresa no fuese algo en el exterior, de ser así acabaría poniéndome mala.

A los diez minutos llegamos a un restaurante con un gran letrero donde ponía, *Karts*.

Me preguntaba el por qué había decidido traerme aquí.

Al bajarme de mi coche me acerqué a él, quien había salido antes.

—Si tu plan sorpresa es que hagamos una carrera, espero que estes listo para perder —le dije yo con una pequeña sonrisa.

—Eso ya lo veremos. —Me guiñó un ojo.

Antes de que me diese cuenta ya me encontraba dentro de uno de esos coches minúsculos, donde mi única protección era un cinturón ya desgastado y un casco de plástico.

Antes de que indicase la salida me giré a mirar a Cole. Quien parecía estar disfrutando como un niño pequeño.

Una vez escuche el pitido que indicaba la salida giré mi cabeza con rapidez y presioné el acelerador.

En las curvas intentaba girar con cuidado, pero al ver que eso no funcionaba y que era él quien iba por delante decidí dejar el cuidado a un lado y me centré en ganar.

Cole y yo éramos muy competitivos, ambos odiábamos perder.

Y no por el hecho de que me gustara iba a dejar que me ganara.

Cuando llegamos a la tercera curva aproveché para adelantarle. Me puse delante de él, haciendo así que tuviese que frenar en seco. Ahora le sacaba unos segundos más.

En la última vuelta me encontraba sola, Cole se había quedado atrás. No sabía lo buena que era al volante. Aunque seguramente no era el caso, simplemente mi ansia de ganar podía más que mis pésimas habilidades de conducir.

Nada más cruzar la meta frené y salí orgullosa de mi vehículo. Le había ganado.

Segundos después llegó él, quien al bajar aún sonreía.

—Eres muy buena —admitió.

—Me gustaría decirte lo mismo, pero no puedo —me burlé de él haciendo que se riese.

—Eres una mala ganadora.

—Dímelo más alto que desde aquí arriba no se escucha bien —bromeé.

Acabamos cenando en el restaurante. Hacían unas hamburguesas deliciosas.

—¿Vienes mucho aquí? —pregunté mientras me llevaba una patata a la boca.

—Cuando era pequeño mi padre siempre me traía aquí. Siempre ganaba. Aunque eso ha cambiado —explicó con una sonrisa.

—¿Tienes muy buena relación con él, verdad? —deduje.

—Sí, fue mi primer entrenador. Si no hubiese sido por él, seguramente nunca me hubiese dado cuenta del talento que tenía —asentí mientras escuchaba—. **Antes de ser entrenador era jugador, jugó en los Canucks, fue uno de los mejores delantero de su generación.**

—¿Por qué dejó de jugar? —me interesé por el tema.

—Conoció a mi madre y cuando ella se quedó embarazada de mí decidió alejarse de todo el centro mediático. No quería esa vida para mi madre y menos para mí. Así que decidió convertirse en entrenador.

—Qué bonito. ¿Cómo se conocieron tus padres?

Amaba hacer aquella pregunta. Me encantaba saber cómo dos personas que se amaban se habían conocido. Todas las historias eran diferentes y únicas.

Por ejemplo, mis padres, ambos canadienses, se conocieron en Oslo. En un viaje donde mi madre iba con sus amigas y mi padre con los suyos.

—Mi madre estaba de prácticas en el hospital cuando llegó mi padre medio inconsciente. Él siempre dice que pensaba que estaba soñando, no se creía que una mujer tan guapa le hubiese cuidado en su estado. Aunque mi madre en un principio no le hizo mucho caso, acabaron yendo a cenar y lo demás es historia.

Todas y cada una de ellas eran diferentes, todas empezaban amándose, aunque solo las más afortunadas sabían mantener ese amor.

Ese mismo amor que muchos anhelaban poseer.

Capítulo 18

Durante días, semanas, meses y años muchos alumnos esperaban a que llegase el día de las olimpiadas. Me incluí en ellos.

Consistía en tres pruebas. Solo participaban los del último curso. El premio no era nada del otro mundo, solo era un cheque para la universidad, aunque la gran mayoría no lo necesitaban por el simple hecho de que muchos iban a tener una beca deportiva e incluso artística. Esperaba ser uno de ellos.

Me parecía increíble que solo por ser bueno en un deporte tuvieras tantas ventajas académicas.

—¿Es obligatorio participar? —preguntó Brody, a quien no le hacía especial ilusión este día.

—Desgraciadamente si —le acompañó Molly—. Aunque para Peyton será un día divertidísimo.

—Espero perder en la primera prueba. —Mi mejor amiga seguía sentada esperando un milagro para poder irse.

La primera prueba era una carrera de sacos. Donde las primeras cincuenta personas se clasificaban para la siguiente prueba.

Era algo injusto que los alumnos que no eran o muy buenos o apasionados del deporte perdiesen aquella oportunidad.

—Han hecho apuestas —comentó mi mejor amiga.

—A ver si lo adivino, los cinco primeros son del equipo de *hockey* —dijo el pelirrojo mientras bufaba.

—Casi. Hay uno del equipo de atletismo. Me parece increíble que no haya ni una sola mujer —se quejó mi amiga la morena.

—Peyton, tienes que ganar —me dijo Brody con una sonrisa.

—Sí, así callarás a todos esos tíos —apoyó Molly.

—Voy a ganar, chicos, no os preocupéis —ambos sonrieron.

—Tu mayor competencia será tu novio. —Mi mejor amiga no quitaba su mirada del teléfono.

—No es mi novio. —Rodé los ojos.

—Pero te gusta —me atacó Brody.

—Y mucho —añadió Molly.

—Solo nos hemos besado —se me escapó el secreto que llevaba ocultando desde hacía un par de días.

Ambos me miraron sorprendidos a la misma vez que contentos.

No me gustaba ocultar cosas, pero prefería no hablar del tema por si al final no acababa bien.

—¡Lo sabía! Tenías escrito en la frente «Me he besado con un tío buenorro» —fue lo primero que dijo mi mejor amigo.

—Que callado te lo tenías —dijo mi mejor amiga haciéndome reír.

Cuando nos llamaron para ir colocándonos mis dos mejores amigos se levantaron con una gran lentitud, como si eso les impidiese competir.

Entre la gente se encontraban: los que no querían participar, los que iban con unas esperanzas soñadas, a los que les daba igual y a los que sabíamos que teníamos oportunidad de ganar.

—¿Lista para perder, Bochner? —me picó Cole, quien se había posicionado a mi lado.

—A ver si esto se te da igual de bien que los karts —me burlé de él, recordando cómo había perdido días atrás.

Cuando sonó la señal todos salimos disparados. La dificultad de esta prueba no era correr dentro de un saco. Sino esquivar a los que iban cayendo.

Cole y yo íbamos a la par. Nos dedicamos miradas rápidas, para ver si alguno había caído, pero ambos teníamos muy buen equilibrio y agilidad. Antes de que nos diésemos cuenta habíamos llegado.

—Te he vuelto a ganar —dije al ver que yo le había adelantado por un salto.

—Mejor guárdate las fuerzas para la siguiente prueba —me advirtió antes de irse.

Al darme la vuelta vi como mis dos mejores amigos se encontraban en el suelo mientras se limitaban a reírse de los que se caían.

Había logrado estar entre las diez primeras, por delante de Cole.

La siguiente prueba consistió en un circuito, el cual estaba compuesto por unas barras de acero de donde nos íbamos a colgar. Un estrecho banco de donde no debías caerte y un alto y gran muro donde debíamos escalar. Si te caías estabas eliminado. Así que no solo tenías que tener velocidad, sino equilibrio y confianza.

Cuando escuché la indicación para salir dejé que algunas personas me pasaran por delante. Los que más rápido iban eran los que primero caían, muchas veces por la presión de tener a más gente detrás.

A mi lado se encontraba Nolan.

—Eres más rápida en el agua —me dijo este antes de caerse por resbalarse de una barra, me limité a sonreír y seguir concentrada en mi circuito.

En las barras era donde más gente fallaba. Luego en el banco por ir muy rápido perdían el equilibrio.

Finalmente llegué al gran muro y me fijé, detrás de mí había unas treinta personas y lo que quedaba de ellas.

Cole iba delante de mí, era muy rápido escalando, eso me sorprendió.

Una vez ya me encontraba a tan solo centímetros de llegar a la cima vi como él se asomaba y me extendía su mano.

—¿Necesitas ayuda? —sonríó orgulloso de haber llegado antes que yo.

Con mi mano libre le saqué el dedo corazón y me volví a concentrar para subir aquellos pocos centímetros que me quedaban.

Una vez arriba, suspiré aliviada, al ver que solo unos pocos habían llegado. Solo pasaron diez a la última prueba.

—Te he visto más lenta en esta prueba —dijo Cole a mi lado.

—Cuando tenga el premio en mis manos esperaré con ansias tu enhorabuena
—dije con confianza.

La última prueba era dentro del instituto, dentro de él habían dejado un total de diez pistas. La última te llevaba directo al premio.

De los diez finalistas la gran mayoría eran del equipo de *hockey*, obviando a Nolan.

Solo había dos chicas. Jessica, una veloz atleta, y yo, que aún estaba sorprendida por haber llegado hasta aquí.

Sabía que si conseguía el premio no iba a ser para mí. Seguramente me llamasen de un par de universidades para concederme una beca. Realmente no necesitaba el dinero.

El premio se lo daría a Molly.

Su situación económica no era la mejor y sabía que dándole este premio no compensaba la mitad de cosas que ella había hecho por mí. Pero ella lo agradecería y mucho.

Nos encontrábamos los diez finalistas en las puertas del instituto, esperando la indicación para que saliéramos a la busca de las pistas.

Cuando esta se hizo sonar salí corriendo hacía el comedor.

Mi instinto me decía que estaba ahí, y como ojo de loca nunca se equivoca, acerté.

Esta pista me indicaba para que fuese a la clase de ciencias. Antes de poder salir corriendo hacía ella sentí como alguien me cogía del brazo.

Cuando me encontraba a solo una pista para por fin hacerme con el premio vi que detrás de mí se encontraba Cole.

—¿A dónde vas con tanta prisa? —Me acorraló en una taquilla.

—No me vas a desconcentrar, guapo. —Dejé un rápido beso en su mejilla y me escabullí de sus brazos.

Corría, iba realmente rápida. Podía sentir como él iba detrás de mí. Era como estar compitiendo, solo que esa vez no era en el agua, ni por mi abuela.

La última pista decía que el premio estaba escondido en la clase de arte. Así que antes de que Cole la leyese decidí jugar con ventaja.

—Dice que está en la clase de música —creo que fue porque lo dije con toda seguridad, seguramente por eso me creyó o simplemente era porque estaba cegado por el ansia de ganar.

Sin decirme nada salió corriendo hacía la dirección opuesta, dejándome una gran ventaja. La clase de música se encontraba a unos escasos metros de la última pista.

Nada más entrar vi el enorme cheque al lado de un par de guitarras. Junto a él se encontraban un par de profesores y un gran número de estudiantes de diferentes cursos.

Una vez se encontraba entre mis manos se escuchó por los altavoces que la competición había finalizado y que la ganadora era yo.

El resto de finalistas no tardaron en llegar, junto con estos apareció Cole, quien sonreía. Seguramente ya se había dado cuenta de mi pequeña mentira.

—Recuérdame no fiarme de ti cuando estés compitiendo —dijo este haciendo que sonriera—. Y enhorabuena por la victoria.

Mis amigos se acercaron a mí eufóricos.

—¡Sabía que ibas a ganar! —dijo Brody abrazándome.

—Yo no quiero el premio —admití sincera, haciendo que ambos se mirasen confundidos—. Es para ti, Molly.

El rostro de mi mejor amiga era digno de ser fotografiado.

—No hace falta, de verdad —se negó al instante.

—Acéptalo, te lo mereces más que yo.

—¿En serio? —asentí.

Esta vez se limitó a abrazarme mientras humedecía mi hombro.

Sabía que ella estaba agradecida por mi pequeño gesto, pero yo estaba agradecida de tenerla en mi vida.

Capítulo 19

Era costumbre sentarme junto a mi abuela y observar las estrellas. Aún teníamos aquella pequeña tradición. Era de las pocas cosas que conservábamos.

—¿Tienes frío? —pregunté mientras observaba como ella empezaba a temblar.

—Un poco. —Le extendí una manta.

Por lo que ella me había contado, Lottie y el abuelo siempre se sentaban bajo la luna y tenían conversaciones profundas y largas.

Siempre mencionaba que era a la única persona a la que era capaz de escuchar por horas sin aburrirse. Después admitió que yo también era una de ellas.

Cuando ella me contaba todas esas historias del abuelo y ella no evitaba desear encontrar a alguien así.

No eran celos lo que sentía, sino admiración. Amaba ver la sonrisa que aparecía en su rostro cuando mencionaba al abuelo.

Me preguntaba si aquella persona a la que escucharía por horas sin aburrirme sería Cole. Sobre todo me preguntaba si él pensaba lo mismo.

Odiaba sentirme tan vulnerable cuando se trataba de él. Sabía que en algún momento él tendría cierto poder sobre mí, no de una manera tóxica, sino de una manera bonita. Al final no solo debes dar amor, sino también saber recibirlo.

No le había hablado a Lottie sobre Cole. Principalmente porque no sabía por dónde empezar. No acababa de entender mis sentimientos, aquellos que desde hacía un par de años se habían revuelto y complicado.

—Lottie —llamé su atención—, he conocido a un chico.

Así fue como comencé a contarle cada detalle, desde la primera mirada hasta el último adiós.

Como me hacían sentir sus miradas, el calor con el que me bañaba cuando pasaba un brazo por mis hombros, cómo aun pasando la tarde con él, cuando apenas se iba quería volver a verle.

Echaba de menos tener estas conversaciones con ella.

—Me alegro mucho de que hayas encontrado a alguien así, cielo —dijo con sinceridad—. Aún me acuerdo cuando hablaba con Bri sobre tu abuelo, ella decía que estaba loca por sentir algo así. Pero, Pey, cuando pasa es por algo y tú te mereces que alguien te quiera todo lo que vales.

No evité sonreír, era imposible no hacerlo. Comprendí que no solo quería una relación como la de mis abuelos, sino una persona como Lottie.

Ella era como una estrella fugaz, es muy complicada de ver y aún más de obtener.

—Creo que me empieza a gustar —admití con algo de vergüenza.

Sabía que pasarían un par de meses hasta que lo admitiera delante de mis amigos. Seguramente en aquel momento estaría más que enamorada.

Pero era imposible ocultarle algo a ella.

—¿Quién te gusta? —Su pregunta hizo que volviese a la realidad.

No solo yo había cambiado. Ella también.

Por un momento juré que ella no padecía Alzheimer, que nada había cambiado, que seguimos siendo nosotras dos contra el mundo.

Pero la realidad era otra. Mi Lottie no volvería a ser ella misma y yo debía empezar a mentalizarme de ello.

Capítulo 20

Me volví a encontrar en aquella sala, con una decoración peculiar. Donde había deseado que todo fuese un sueño, pero que de cierta manera me hacía volver a la realidad. Aunque esta fuese dolorosa.

Cuando entré en la habitación donde se encontraba la doctora Chen sonreí. Ya no por el hecho de verla, sino porque sabía que algo en mí había cambiado.

—Hola, Peyton —me saludó devolviéndome la sonrisa—. ¿Cómo has estado?

Su pregunta me hizo dudar.

¿Cómo había estado?

Bien, mal, bien otra vez, mal otra vez y finalmente bien.

—Mucho mejor que la última vez que vine —me limité a admitir—. Dejé de lado el miedo de que ella me olvidase y desde entonces he estado mucho mejor. Hemos hecho muchas cosas, como las que hacíamos en los viejos tiempos, soy consciente de que algo ha cambiado. Aunque muchas veces lo olvido, pero siempre hay algo que hace que lo recuerde.

—¿Qué cosas son las que te hacen volver a la realidad?

—Muchas cosas. Sobre todo, cuando ella no recuerda algo de lo que habíamos estado hablando minutos antes, se lo vuelvo a explicar, aunque sé que una vez haya acabado, seguramente me vuelva a preguntar.

—¿Ya no piensas tanto en el hecho de que en algún momento te vaya a olvidar?

—No, prefiero no hacerlo. En cierta manera así me protejo, prefiero disfrutar del ahora sin preocuparme tanto en el futuro.

—Me alegra mucho escucharte decir eso después de tantas sesiones. No puedes vivir en el qué pasará porque muchas veces no sabemos qué será.

—Tienes razón. Sentía que si lo pensaba mucho, el día en el que ya no sepa cuál es mi nombre no me hará daño. Pero no hay forma de la que me pueda proteger.

—Muy bien —sonrió orgullosa—. Cuéntame más. Dejando de lado el tema de tu abuela, ¿qué más ha pasado?

—He conocido a un chico. Es de mi instituto, aunque lo conocí porque es voluntario en el centro de día donde va mi abuela. Me resulta raro pensar en que yo le pueda gustar a alguien.

—¿Por qué?

—Porque gustar es una palabra muy general. Le pueden gustar mis ojos, mi sonrisa, como nado, como hablo y entre esas mil cosas más. Pero el hecho de que a una persona le guste va más allá de lo que los demás pueden ver. Cuando una persona te gusta ya no solo es por su físico es porque de cierta manera, deseas conocer cada cosa de aquella persona, desde el día en el que nació hasta el hoy.

—Es muy buena reflexión. ¿Crees que a él no le gustas?

—Lo sé. Le escuche hablar de ello con sus amigos. Al principio me preocupaba que le gustase lo que aparentemente se ve que soy y no lo que realmente soy. Pero estando con él, hablando o simplemente estando en silencio, sé que él sabe quién soy realmente. Conoce muchas cosas que durante años me he empeñado en ocultar. Me asusta pensar que alguien, algún día me podrá conocer más que Lottie.

—Algún día alguien lo hará y estoy segura de que esa persona te querrá igual o incluso más que Lottie.

Me pareció gracioso pensar que alguien me iba a querer más que mi abuela. Porque ella y yo siempre habíamos sido una e imaginar que algún día eso cambiaría no me gustaba, para nada.

Capítulo 21

Recuerdo con perfección aquella llamada. Como solo podía escuchar mi corazón latir y como veía lentamente que mi mundo se derrumbaba.

Como las personas se tornaron borrosas, vi mis recuerdos viajar al mundo del duelo.

La cara de mis dos mejores amigos, los cuales estaban sentados a mi lado y no parecían entender nada. Quería hablar, debía hacerlo. Pero no podía, solo me saldría un grito de desespero.

Me acababan de llamar del hospital diciéndome que Lottie estaba ingresada.

Fue la primera vez que realmente me di cuenta de que algún día ella no estaría. Pero no estaba preparada para que fuese hoy, y mucho menos mañana.

—Pey, ¿estás bien? —me preguntó Molly mientras colocaba una mano en mi brazo.

—Tengo que ir al hospital —dije aún en estado de *shock*.

Ella estaba mal.

Ella me necesitaba.

Ella podría empeorar.

Ella y yo cada vez sonaba más lejano.

—Te llevo yo —dijo al instante Brody.

El hospital solo se encontraba a quince minutos, para mí fueron quince años. Mi cabeza no paraba de ponerse en lo peor. Debía mantener la calma. Era imposible mantenerla.

Entré corriendo dentro del edificio blanco, no recuerdo nada más. Solo sé que llegué a la habitación donde Lottie estaba, ella no estaba sola. Mis padres estaban a su lado.

Llevaba años sin verlos, desee que hubiesen sido más.

No entendía cómo habían podido llegar antes que yo, ellos se encontraban en África y ahora estaban frente a mí.

Su cara de incomodidad me hizo entender que no era la única que deseaba que ellos no estuviesen aquí.

Vi que Bri estaba sentada al lado de mi abuela, sujetando su mano. Me dedicó una dulce sonrisa que iba acompañada de un lo siento por no avisarte de que tus padres han venido.

—¿Está bien? —le pregunté a la mejor amiga de Lottie ignorando a los dos desconocidos que estaban a mi lado.

—Estaba mareada y la han traído aquí. Necesita un marcapasos. Está bien, Pey, no te preocupes.

Sus palabras me tranquilizaron. Ella iba a estar bien, yo también.

—Ya estamos aquí nosotros —habló por primera vez mi supuesto padre—.
Puedes volver al instituto.

Me giré sorprendida, tenía la cara de alejarme cuando eran ellos los que se fueron sin avisar.

Los que habían implantado esta distancia. No me conocían, con suerte solo recordaban mi nombre. El cual en su boca sonaba sucio.

—¿Qué seguridad tengo de que en media hora no os iréis a la otra punta del mundo sin avisar? —solté directa.

—Peyton, sabemos que es tu abuela. Pero también es la madre de tu padre, sé un poco más respetuosa. —La mujer que llevaba dos años sin felicitar me el Año Nuevo decidió hablar.

—¿Ahora es tu madre, Grayson? —ataqué—. ¿Cuándo te has preocupado por ella? ¿Cuándo has cuidado de ella? No solo te has olvidado de tu propia hija, sino de tu madre también.

Se me juntó todo, el hecho de que Lottie estuviese ingresada y de que mis padres repentinamente se volviesen responsables.

Nadie los necesitaba aquí. Me habían obligado a vivir sin ellos, ahora no quería una vida donde ellos estuviesen.

—Entendemos que estés mal, pero estás siendo egoísta. Todos lo estamos pasando mal por lo de tu abuela. —Me quedé quieta al escuchar como aquella mujer que solo me dio la vida, jamás una sonrisa, una comida o un te quiero. decía que yo era egoísta.

—¿Yo soy egoísta? —Las lágrimas saltaron de mis ojos—. Vosotros sois los que os habéis pasado la vida cuidando de todo el mundo menos de vuestra hija. Solo para poder decir que habéis ayudado a centenares de niños necesitados, mientras que en lo que era vuestro hogar, había una niña de nueve años que el único regalo que quería era ver a sus padres celebrando su cumpleaños junto a ella. No me habléis de ser egoístas cuando está claro que la definición de la palabra sois vosotros.

No dije nada más, ellos tampoco. No podían negar lo que era cierto.

Decidí salir de aquella habitación, aunque era muy grande la veía pequeña. Me costaba respirar dentro de ella.

No fui muy lejos, entré en un pequeño baño. Escondí mi cabeza entre mis piernas. Mientras deseaba que todo cesará.

Escuché un par de golpes en la puerta.

—Cariño, soy Bri, ábreme, por favor —dijo con su dulce voz.

Me levanté con cuidado y abrí la puerta lentamente dejando ver su cara de preocupación.

—Ven aquí. —Abrió sus brazos y no dude en abrazarla.

Lloré, lloré por mi abuela, porque deseaba ser yo la que estaba ingresada en vez de ella. Lloré por mis padres, deseaba que se volvieran a olvidar de mí.

Y lloré porque era lo único que sabía hacer.

—No entiendo porque tú lo llevas tan bien. ¿Cómo lo haces? —pregunté entre lágrimas.

—Vamos a sentarnos. —Cerró la puerta tras ella y ambas nos sentamos en el frío suelo—. La última vez que me rompieron el corazón fue tu abuela la que hizo que lo superase. Siempre ha sido la fuerte de la amistad. Jamás la he visto derramar una lágrima, siempre ha tenido una sonrisa que hacía que todo el mundo se tranquilizase. Pero ahora que ella está así me toca ser la fuerte. No sabía lo complicado que es serlo.

Yo también echo mucho de menos a mi mejor amiga, no hay día en el que no la piense. No me puedo pasar toda la poca vida que me queda llorando por ella y aunque lo quiera, no puedo. A ella no le gustaría verte así, ella te crió para que fueses como ella. Siempre fuerte y firme, así jamás un huracán te podría derrumbar.

—Pero el huracán acabó siendo ella —asintió.

—Te preparó para todo, menos para cuando ella ya no estuviera. Se que duele y mucho, pero tenemos que ser fuertes por Lottie, por quien siempre lo ha sido por nosotras.

—¿Puedo dormir esta noche en tu casa? —pregunté—. No quiero verlos.

—Sabes que mis puertas siempre están abiertas para ti. Pero algún día tendrás que hablar con ellos, aunque ya no sea para perdonarlos, sino para superarlo.

—Gracias. —La abracé.

Cuando ambas salimos del baño ella decidió volver a la habitación, yo iba a esperar a que ellos se fueran.

Decidí ir a dar una vuelta, tal vez así logré tranquilizarme.

—¿Peyton? —Alguien me llamó haciendo que me sobresaltara.

Era Amelia, la madre de Cole.

—¿Estás bien? —preguntó, supongo que lo hizo porque no era el sitio más común para encontrarte a alguien.

—Es mi abuela. Le han puesto un marcapasos.

—Oh, cariño. —Me abrazó—. No te preocupes, conozco al cardiólogo y al cirujano cardiovascular, tu abuela está en muy buenas manos.

—Muchas gracias. —Sus palabras me habían tranquilizado.

No hablamos mucho más, ella debía volver a su trabajo.

Salí fuera, me senté en un banco y me quedé contemplando todo aquello que me rodeaba. Como las hojas bailaban gracias al aire frío de Vancouver, como los perros ladraban tratando de llamar la atención de sus dueños. Todo a mi alrededor me pareció bello. Observar lo era.

Sentí como alguien se sentaba a mi lado, me giré para ver quien era, eso me hizo sonreír. Cole había venido.

—Hola —fui la primera en hablar.

—Mi madre me ha dicho que estabas mal —explicó él—. Lottie estará bien, ¿lo sabes, verdad?

—Hace meses que ella no está bien —me costó admitir—. Han venido mis padres. No entiendo qué hacen aquí.

—Se habrán preocupado por Lottie y por ti.

—Hace años que les dejamos de importar, yo hace diecisiete que dejé de existir para ellos y ella desde que la diagnosticaron.

Era irónico, ya que tenía diecisiete años.

—No estás sola, Peyton, tienes a Brielle, a Brody, a Molly y a mí.

Sonreí, lo tenía a él y eso me bastaba.

—Gracias por venir —agradecí sinceramente.

—No las des —dijo él pasando un brazo por mis hombros.

Como en aquella terraza.

Había cambiado todo desde entonces.

—Han dicho que soy egoísta. Me he enfadado. Pero creo que es porque en cierta manera lo he sido —solté sin saber muy bien lo que decía—. Pensaba que solo yo lo pasaba mal por Lottie, me olvidé de Bri. Ellas llevan siendo amigas toda la vida y jamás me llegué a imaginar que ella podría sentirse como yo.

—No te culpes por haber estado mal. Lo has hecho lo mejor que has podido. Nadie hubiese llevado la situación igual de bien que tú.

No dije nada más. El tampoco.

Nos quedamos sentados en el banco durante unas horas en silencio. No necesitábamos utilizar palabras, con su compañía me bastaba.

Capítulo 22

Después de Mason desarrollé una especie de trauma y este no era por el miedo de que alguien me volviese a gustar, sino por confiar plenamente en alguien con los ojos cerrados.

Me aterraba el compromiso, me daba miedo escoger mal al futuro padre de mis hijos.

Se que era muy joven, tenía diecisiete años y toda una vida por delante. Estaba en mis manos que esta vida fuese mejor o peor.

Odiaba cuando confiaba en una persona ciegamente y esta me volvía a fallar. Me hacía sentir vulnerable. Siempre había pensado que las mayores putadas no te las hacía un desconocido, sino una persona que sabe lo que más daño te va a hacer.

En el caso de él sabía el miedo que tenía de fallar y que me fallasen. Me abrió los ojos, me demostró que no todo lo que vende una persona es todo lo que tiene.

No podía evitar comparar a Cole con él. Ambos eran completamente distintos, lo sabía.

Pero me preguntaba si Cole vendía todo lo que tenía. Si un día él se iría con otra, en este caso no tendría por qué enfadarme, al final no éramos nada y eso era algo que odiaba.

Admití a mi abuela que él me gustaba, era algo que se podía deducir con facilidad. Pero el hecho de preguntarme todo el rato que seríamos o que acabaríamos siendo me atormentaba.

Sabía lo que quería en un futuro, quería competir en las olimpiadas, sacarme una carrera, seguir viviendo en mi casa y sobre todo sabía que lo quería a él en mi vida. No solo por el hecho de que él hacía parecer que todo era más fácil a su lado, sino porque ya no era capaz de imaginarme un futuro donde él no estuviese.

Desde pequeña había tenido la gran facilidad de arruinarlo todo, aquello que me parecía hermoso. Lottie siempre dijo que era porque le daba amor de más.

Yo siempre pensé que era porque estaba defectuosa.

Ya no solo hablaba del amor, sino de todo. Podía pasarme una semana estudiando un tema que realmente me gustaba y acabar sacando mala nota, podía intentar aprender un nuevo deporte, pero fallaba.

Supongo que por eso me acostumbré a lo que tenía en vez de ir a por más.

Me daba miedo perderlo, que yo fuese la culpable de ello.

No estar bien no era una excusa para dañar a alguien. Pero a veces el dolor nos ciega y eso hace que actuemos de una manera predeterminada.

Él conocía aquella parte que no dejé jamás que mis amigos vieran. Él no se fue, tampoco me juzgó.

Me preguntaba cuánto tardaría en hacerlo, en irse por el aburrimiento de verme llorar, en juzgarme por mi forma de actuar.

Lottie siempre dijo que antes de preocuparse por algo debes hablarlo. Nunca encontraba las palabras para hacerlo. Ella aprendió a leerme, no necesité aprender a expresarme y ahora lo detestaba.

Porque la única persona capaz de leerme ya no lo era. Debía aprender a expresarme, sin ella.

Mi timbre sonó, yo estaba en mi habitación entrando en pánico. Agradecí que alguien apareciese.

Bajé descalza, notando el frío entre los dedos de mis pies. Llevaba todo el día tumbada en mi cama.

Cuando intentaba estudiar era incapaz. Mi cabeza estaba en todos lados menos en el libro de lengua.

Abrí la puerta, encontrándome al culpable de que no pudiese concentrarme.

—Hola —saludó Cole mientras se apoyaba en el marco de la puerta.

—Hola —sonreí.

—Tienes diez minutos exactos para cambiarte, te voy a llevar a un sitio —soltó, haciendo que mi corazón se acelerase.

—No tardo —dije antes de salir corriendo.

Abrí mi armario tirando todo lo que veía al suelo. Tenía mil prendas y sentía que no tenía ninguna.

Opté por unos tejanos anchos y un suéter azul. No sabía dónde íbamos, así que me vestí casual.

Al bajar de nuevo lo vi en el mismo lugar que antes. Ahora una sonrisa adornaba su rostro, hacían juego con su par de ojos que brillaban.

—Te voy a dejar que pongas música, pero espero que esta vez no me decepciones —dijo él haciendo que abriese la boca ofendida.

—Mis gustos musicales son exquisitos, no sé de qué te quejas —dije yo subiendo al coche.

Opté por poner una canción de *Oasis*, *Stand by me*.

—Has mejorado —escuché como reía.

—Después sonará una de Olivia Rodrigo —dije haciendo que bufara —. ¿Dónde vamos? —pregunté viendo cómo nos alejábamos de mi casa.

—Es sorpresa —contestó él logrando que esta vez fuese yo la que sopla.

Media hora después nos encontrábamos en un puerto, al lado del parque Stanley.

—Si tu plan es que nos metamos en el mar debo decirte que no llevo bañador
—dije lo primero que pensé.

—Espera —dijo él bajando del coche.

Se acercó con rapidez para abrirme la puerta, sonreí en forma de agradecimiento. Él se limitó a extender su mano.

La cogí y todos aquellos pensamientos que había tenido posteriormente volaron, como aquellos pájaros que se encontraban en el cielo.

Acabamos en frente de un pequeño barco, aunque no era tan pequeño. Juraría que tenía dos plantas.

—No suelo venir mucho aquí. Siempre viene mi padre con sus amigos y en verano mi madre con sus amigas —explicó mientras subía.

Yo subí tras él, aún asombrada. No tenía ni la menor idea de que Cole tenía un barco y mucho menos de que sabía conducir.

Después de un rato ya nos encontrábamos navegando por el Océano Pacífico.

Nunca me había alejado tanto de Vancouver y desde aquí se veía incluso más bonito de lo que era.

—Mi padre me trajo una vez aquí cuando era pequeño. Me contaba leyendas, muchas. Decía que en lo más profundo había un barco, donde las almas de los

marineros aún habitaban. Unos pocos habían logrado llegar a la orilla, pero semanas después murieron, decía que era porque aquellos que no sobrevivieron se los llevaron con ellos —explicó él—. Solo tenía siete años y con eso bastó para que no quisiese volver —reí al escuchar aquel final.

—Tendré cuidado de no encontrarme con algún marinero —dije entre risas.

Ambos nos sentamos contemplando como el sol se empezaba a poner.

—¿Cómo está tu abuela? —preguntó.

—Mucho mejor, aún sigue en observación, pero no tardarán en enviarla a casa —comenté—. El otro día escuché a mis padres hablar sobre residencias, no quiero que se vaya, aún.

El pasó un brazo por mis hombros.

—Tu abuela estará mejor ahí. Tú has cuidado de ella mejor que nadie. Pero tal vez es mejor que vaya a un sitio donde puedan estar pendientes de ella las veinticuatro horas. La puedes ir a visitar siempre que quieras.

—La casa estará muy vacía sin ella. No me puedo imaginar viviendo ahí sin ella.

—A Lottie le gustará saber que ha dejado uno de sus bienes más preciados a ti.

—Cuando era pequeña siempre hablábamos de cómo ella vería a mis hijos jugar en la playa, como llegaría ella con una bandeja de sus famosas galletas y como dormiría con ellos. Me duele saber que eso no pasará.

—El futuro es muy incierto, hasta el presente lo es. Pero estoy seguro de que ella jamás morirá, mientras estés tú para recordarla, jamás desaparecerá.

Sonreí ante lo que acababa de decir. Era cierto, no iba a dejar que su nombre muriese. Ella era una de las personas que merecía la pena recordar.

—Me gustas mucho —solté sin pensarlo mucho, sentí como sus músculos se tensaban.

A veces debíamos soltar lo que pensábamos. Era la mejor forma para empezar a hablar de aquello que no era tan fácil.

—Tú a mí también. —Sentí calma al escuchar aquellas cuatro palabras.

—Me da miedo que arruine lo que tenemos —me sinceré—. Es raro todo lo que siento, hace dos años que todo me parece extraño. Pero cuando se trata de ti es como si todas aquellas nubes grises se desvanecieran. A veces creo que no fue casualidad que Lottie se dejase el móvil aquel día. Aunque ella ya no era del todo consciente, siento que de cierta manera te envió a mi vida. Sé que suena raro.

—No sabes cuanto agradezco que tu abuela se dejase el móvil aquel día. Aunque sé que no hubiese tardado mucho en descubrirte.

Fue increíble como ambos siempre habíamos estado cerca, incluso más de lo que imaginábamos. Pero fue gracias a mi abuela lo que nos hizo conocernos.

—El primer día que vino pensé que la conocía. Tenéis los mismos gestos, la misma voz y la misma risa. Ella siempre ha hablado de ti, a cualquier persona que pasaba le contaba lo genial que eras. Sé que le tienes mucho cariño, pero Lottie vive por ti —sonreí al escuchar aquello—. Y, Peyton, no te preocupes, sé que serías incapaz de arruinar lo que tenemos, no te dejaría hacerlo.

Me giré para mirarlo, veía mi rostro reflejado en sus ojos. La cara de una joven enamorada, una que ya no temía por expresar lo que sentía, una que por primera vez en dos años había encontrado a quien le comprendía.

Aquella tarde logré expresarme, no sé muy bien cómo lo hice. Quizás fue la sensación de confianza que desprendía Cole.

Sabía que ya no dudaba de su amor y mucho menos del mío.

Capítulo 23

Siempre había pensado en que no solo existían las almas gemelas hablando de amor. Sino también las almas gemelas hablando de amistad.

Tuve mucha suerte en poder conocer a Molly y Brody. Había crecido con ellos, todo lo hicimos juntos. Aprender a ir en bici, aprender a cocinar, a leer e incluso a fumar.

Molly era la típica persona que todo el mundo quería en su vida, era optimista, luchaba por sus sueños, siempre escuchaba a los demás aun sabiendo que sus problemas eran mayores.

En cambio Brody era un alma libre, siempre iba a su rollo, le daba completamente igual lo que pensasen de él y vivía la vida como si mañana se fuese a morir.

En una sociedad donde es habitual ser mal amigo había encontrado a mis dos tréboles de cuatro hojas.

Porque en busca de ellos siempre te encontrarás con los tréboles de tres hojas, aquellos que buscan apagar tu luz para encender su propio brillo.

Sabía que nos íbamos a ver crecer, casarnos y tener hijos. Estaba segura de que seríamos como Lottie y Bri. Nos parecíamos bastante.

Desde pequeños ellas nos enseñaron muchas cosas y entre ellas, estaba jugar a las cartas, era algo sencillo y entretenido. Molly era quien hacía jugadas, Brody era quien hacía trampas y yo era quien se enfadaba por perder.

Siempre habíamos sido así, conocíamos nuestros defectos, algunos no los tolerábamos mucho, pero al final el querer a una persona es querer aquellos imperfectos.

—Brody, te acabo de ver mirando mis cartas —se quejó Molly viendo como nuestro amigo se reía.

—No es mi culpa, si me las pones en la cara que quieres que haga —replicó él.

—Os he vuelto a ganar —dijo ella viendo cómo se volvía a quedar sin cartas.

—No es justo —me quejé—. ¿Cuántas partidas has ganado ya?

—Muchas y las que me quedan. —Me guiñó un ojo haciendo que yo rodase los míos.

—Yo necesito descansar. —Brody se estiró casi tocando el cielo—. Cuéntanos, Pey, ¿cómo va con tu jugador de *hockey*?

—Muy bien —dije sonrojada—. Él es muy atento y siempre sabe qué decir.

—Lo que te quería decir Brody es que si besa bien —bromeó Molly.

—Ah, eso también —me reí.

No necesitaba nada más. Estar con mis dos almas gemelas, jugando bajo el cielo azul de Vancouver mientras nos reíamos.

Todo era como en los viejos tiempos. Aunque había una silla vacía.

«Volví a soplar cuando vi que Molly volvía a ganar. Ella ya había ganado dos partidas, Brody una, aunque seguramente había hecho trampas. En cambio yo, no había ganado ninguna.»

—Chicos, os he preparado galletas —apareció Lottie con una bandeja —. *¿Quién va ganando?*

—Yo, como siempre —mi mejor amiga sonrió orgullosa.

—¿Brody sigue haciendo trampas? —e rio ante su pregunta.

—Él siempre —dije yo ganándome una mala mirada por parte de él.

—Te juro que no había visto cómo se caía la carta —se excusó él.

—Siempre te pasa lo mismo, cariño. —Lottie acarició el cabello rojizo.

—Me encantan tus galletas —dijo Brody mientras saboreaba hasta la pepita más pequeña—. Deberías abrir una pastelería.

—¡Qué halago! —sonrió ella—. Ya estoy muy mayor para hacerlo.

—Mentira, parece que tengas treinta. —Molly hizo que mi abuela se sonrojara.

—Ahora vuelvo, os voy a traer más comida —se fue mientras sonreía».

No sabía que sería una de las últimas veces donde vería salir a mi abuela de casa con una sonrisa y su delantal con un par de manchas de masa para galletas.

Capítulo 24

Hacía un par de días cuando Cole me llamó. Me dijo que debería ir algún día a cenar a su casa. Porque le había caído muy bien a su madre.

Así que, aunque me moría de miedo, acabé yendo.

Llevaba cinco minutos frente a aquella puerta roja, pensando si era buena idea entrar o salir corriendo.

No tenía de qué preocuparme, al fin y al cabo, ya los conocía. Su madre incluso me había visto llorar, así que ya tenía cierta confianza.

Una vez ya me veía con la suficiente fuerza toqué al timbre y como si hubiese estado esperando al otro lado a que lo hiciese, Cole abrió. Iba muy bien vestido, con una camisa y unos pantalones de traje. Los cuales le sentaban increíble.

—Hola —saludé con una sonrisa una vez acabé de mirarlo.

—No tienes por qué estar nerviosa, les caes genial —dijo él y como siempre acertó.

Una vez dentro, pude ver que todas las paredes estaban repletas de fotos de ellos. En unas salían los cuatro juntos, en otras estaba solo Cole, con algún trofeo en la mano.

—¡Peyton! —gritó Amelia al verme—. Que alegría que hayas venido. Me sabe muy mal que tu abuela no haya podido venir.

—No te preocupes. No quería alterar su rutina. Últimamente con la nueva medicación se altera a la primera.

Desde que había empezado a tomar la medicación Lottie estaba más agresiva de lo normal. Ayer nos peleamos, simplemente porque había hecho carne para cenar.

Sabía que todo lo que decía o hacía no era su culpa, apenas era consciente de todo lo que me dijo. Pero me dolía verla así, ella sabía que algo estaba mal, pero el hecho de no saberlo le alteraba más.

—Bueno, mejor entonces. Cole ya nos dijo que es mejor que mantengan una rutina —asentí escuchando sus palabras.

Al entrar al comedor Lily corrió a abrazarme, con aquel peluche rosado, al cual habíamos bautizado como Pinky.

—Es el cumpleaños de Pinky —dijo ella mientras me mostraba al elefante lleno de lana.

—¿Enserio? ¿Cuántos años cumple?

—Uno. —Me enseñó su edad con un dedo.

—Después tendremos que celebrarlo, ya se está haciendo mayor —ella asintió feliz.

Una vez sentados en la mesa pude ver a una familia unida.

Amelia le pasaba las verduras a su marido para que se las pusiera a su hija, mientras tanto Cole iba repartiendo la carne.

—No sabía muy bien que te gustaba, así que he preparado de todo —dijo Amelia regalándome una de sus mejores sonrisas.

—No miente. Lleva desde las tres cocinando —sonrió Cole a su madre.

—Muchas gracias. Todo tiene muy buena pinta —agradecí.

—¿Ya sabes que quieres estudiar? —preguntó su padre.

—Estuve hablando con mi entrenador, hay varias universidades interesadas en mí. Me encantaría quedarme a estudiar aquí. Seguramente medicina.

—Si quieres puedo hablar con unos amigos, ellos tienen bastantes contactos dentro —explicó Amelia.

—Gracias. Aún no lo tengo muy claro. Pero me gustaría especializarme en Neurología.

—¿Por tu abuela? —volvió a preguntar Arjun a lo que yo asentí—. Es muy bonito.

—Aún tengo muchas dudas respecto a la enfermedad y me encantaría trabajar en un laboratorio.

Cuando los cubiertos rozaban los platos a causa de que ya habían acabado de cenar empezaron a explicar anécdotas.

—Aún recuerdo el primer partido de Cole —explicó Arjun con un brillo en los ojos—. Al acabar el partido se me acercó un padre preguntando si realmente era su primer partido. Creo que metió cuatro goles.

—Siempre ha sido el mejor —su madre sonrió—. Por lo que nos contó Cole, tu abuela siempre habla de lo bien que se te da contar historias. ¿Por qué no nos cuentas? —asentí ante su petición.

—Cuando era pequeña me quedaba en el agua hasta que mis manos estaban completamente arrugadas. La noche anterior había llovido y en la entrada de casa había un poco de barro, entré con tanta prisa que no me di cuenta de que me había bañado en él. Lottie me perseguía con una fregona y yo huía de ella pensando que era un juego. Al girarme vi cómo estaba todo el suelo y las alfombras llenas de barro y a su lado se encontraba mi abuela. Pensaba que ese día me iba a matar. Pero ella simplemente puso música y empezamos a bailar mientras reíamos. Desde entonces siempre me obliga a ducharme en la ducha de fuera antes de entrar. —Al acabar los cuatro estallaron en carcajadas.

—Me puedo imaginar la cara de tu abuela —dijo Amelia aún riendo.

—A mí me contó que de pequeña nunca dormías, siempre ibas corriendo por casa. Aun siendo las cuatro de la mañana —sonreí ante el recuerdo que me acababa de regalar Cole.

—Siempre ha sido muy buena conmigo, aunque a veces me portase un poco mal —sonreí con algo de pena.

—Tus padres deben estar orgullosos de saber que te ha criado ella —comentó Arjun.

—Orgullosos no se. Pero eso les ha dado mucha libertad, así que estarán más contentos que orgullosos —reí con mi misma pena.

—Tu abuela puede estar tranquila, porque ha criado a una mujer increíble —sonreí ante las palabras de la mujer rubia.

Cuando el reloj ya daba casi medianoche Cole se ofreció a llevarme. Había decidido venir en bus, pensaba que no volvería tan tarde.

Al despedirme de ellos prometí volver. Me lo había pasado genial. Aquella familia transmitía unión, amor y tranquilidad. Ya sabía de dónde lo había sacado Cole.

En el camino de vuelta, sin yo pedirlo, Cole puso a Olivia Rodrigo.

—Al final te acabarás volviendo fan y todo —me reí.

—He de admitir que ya no me sangran los oídos al escucharla. —Le di un pequeño golpe en el brazo—. ¿Sabes cuándo volverán tus padres?

—No, no me han escrito desde que los vi en el hospital. Se preocuparon dos minutos y luego se volvieron a ir sin avisar. Pero es mejor así.

—Tal vez te iría bien su apoyo.

—Llevo toda la vida sin su apoyo, no los he necesitado nunca, nunca me han hecho sentir que los necesitaba.

—Así que quieres estudiar medicina —cambió de tema al ver que hablar de mis padres me incomodaba.

—Aún no lo tengo muy claro —dije con una sonrisa—. ¿Tú qué quieres estudiar?

—Biología marina. —Abrí los ojos sorprendida.

Nunca me hubiese imaginado que Cole quisiera estudiar algo relacionado con el mar.

—A ver si lo adivino... ¿Para descubrir si la leyenda de los piratas es cierta?
—después de formular mi pregunta él empezó a reírse.

—Lo has adivinado. ¿Qué es lo que más te gustaría hacer en un futuro?

—Es imposible hacer todo lo que quiero.

—No lo es —me llevó la contraría.

—Me encantaría pasar mi vida en París. Pero también en Barcelona. Quiero viajar por todo el mundo durante toda mi vida. Pero también quiero quedarme en Vancouver el resto de ella. Creo que necesitaría siete vidas como un gato, aunque sé que eso no me bastaría.

—Veo que lo tienes todo muy claro pero al mismo tiempo no.

—¿Al capitán del equipo de *hockey* que le gustaría hacer en un futuro?

—Si el dinero no importase, me encantaría trabajar en el centro de día. Pero también quiero dedicarme al *hockey*.

—Lo tuyo tiene solución, puedes dedicarte a las dos.

—Vale, tienes razón, lo mío es más complejo. Te juro que no conozco a nadie que tenga tantos planes en mente como tú, Peyton, es increíble. Tú lo eres.

Antes de que pudiera contestar vi que ya habíamos llegado a casa. Ya no solo era la música la que acelera los viajes, sino que Cole también.

Me acompañó hasta la entrada.

—Nuestras flores han quedado preciosas —comentó el viendo el jardín.

—El otro día vi a dos chicas haciéndose fotos, puedes sentirte orgulloso de tu trabajo —dije con una sonrisa—. Ya sé lo que quiero en un futuro. Quiero que tú y yo estemos juntos.

Por primera vez no me arrepentía de ser una bocazas o de no saber medir mis palabras. Esto no lo había dicho yo, sino mi corazón.

—Te aseguro que eso pasará.

Antes de que me diese cuenta Cole ya había pegado sus labios con los míos. Aquellos labios los cuales extrañaba cuando se separaban y ansiaba probar cuando él sonreía.

—Buenas noches, Bochner —fue lo último que dijo antes de irse.

Lo seguí con la mirada mientras veía como él se subía a su coche. Mis ojos brillaban, mi corazón latía y mi sonrisa no engañaba. Creo que ya no solo me gustaba, sino que lo quería.

Al entrar a casa vi como Lottie se encontraba al lado de la puerta, con una gran sonrisa.

—¿Era tu novio? —preguntó ella descaradamente.

—No lo es —dije yo con algo de pena.

—No tardará en confesar su amor. Te miraba con mucho cariño. Sabes que un hombre te ama cuando no solo te mira con deseo, sino que te mira como si fuese capaz de arrancarse el corazón y dártelo —sonreí ante sus palabras—. Ten, os he hecho una foto. —Me extendió una fotografía *polaroid*, donde salíamos dándonos un beso—. El día de vuestra boda espero que me des créditos.

No quería hacerme ilusiones, pero teniendo a Lottie como abuela sabía que era imposible no hacerlas.

Capítulo 25

Era extraña la rapidez con la que el tiempo pasaba. Nunca había temido su fugacidad. Aunque ahora sí lo hacía, temía a cada amanecer, a cada atardecer.

Me aterraba lo efímero que era todo. No me gustaba vivir en el pasado, aunque a veces vivía de la nostalgia, añorar todo aquello que acababa de pasar o estaba viviendo.

Mi vida había dado tantas vueltas... y me encontraba increíblemente mareada.

Todo aquel miedo que un día sentí al no ser recordada por la persona que amaba se había desvanecido. Había puesto en pausa todo aquello. Era algo inevitable, acabaría pasando, no estaba ni en mis manos ni en las suyas, me preguntaba en qué manos estaba y porqué le hacía esto.

No solo aquello había cambiado, ahora ya no sentía que luchaba sola contra un ejército. Estaban mis mejores amigos, Bri, la doctora Chen.

Y Cole.

Ni siquiera sabía por dónde empezar. Había llegado cuando menos lo esperaba. Era como si el universo me lo hubiese enviado. Era la persona correcta en el momento más indicado. Lo cambió todo, me cambió entera.

El tiempo pasa rápido, aún más a su lado. Éramos capaces de quedarnos hablando toda una tarde sin sentir la necesidad de coger el móvil o mirar la hora. Eso era lo que más me gustaba de él, me hacía perder la noción del tiempo, hacía que olvidase por qué lloraba o me lamentaba. A su lado me sentía más fuerte, me había hecho más fuerte.

El sonido de mi móvil hizo que volviese a la realidad.

Todos los años los del último curso hacen muchas fiestas. Pero la más conocida y famosa es la fiesta de la hoguera. No tenía nada especialmente diferente. Simplemente se reunían en el bosque alrededor de una hoguera y bebían. Como una fiesta normal solo que con un par de llamas.

Molly y Brody llevaban esperando este día desde que iniciamos el curso. Ellos amaban las fiestas y esta especialmente era una donde todo el mundo iba, bebían los que nunca lo hacían, así que el cotilleo era superior al de las otras fiestas.

Me pasaron a buscar para que fuéramos. Sabía que vería a Cole ahí, lo quería ver.

—Sienna me ha escrito diciendo que ya hay mucha borracha —informó Molly viendo su móvil.

—Y ninguno de ellos somos nosotros —se quejó Brody—. Pey, hoy vamos a beber —asentí mientras me reía.

No tardamos mucho en llegar, el bosque no estaba muy lejos de mi casa.

Hoy conducía Molly, así que le tocaba a ella no beber. Estaba tranquila por eso, me hubiese preocupado más si fuese Brody el que nos tenía que llevar a casa.

Al bajar del coche apareció nuestra amiga rubia, por su sonrisa ya sabíamos que iba borracha.

—Peyton, ven conmigo, hay barra libre. —Sin que pudiese decir nada ella me cogió del brazo y me arrastró hacia la multitud.

Hacía apenas una hora que la fiesta había empezado y el ambiente era increíble. La música se escuchaba a kilómetros, había gente bañándose en el pequeño río y otra que con suerte se mantenían en pie.

—Para empezar un chupito de tequila. —Me extendió un pequeño vaso repleto de un líquido transparente y acompañado de una rodaja de limón.

Sin pensarlo mucho me lo bebí y después de ese cayeron unos cuantos más. Acompañado de una bebida extraña.

En ese momento no fui consciente de que mezclar no era la opción correcta.

Beber demasiado cuando no estaba acostumbrada a hacerlo, tampoco.

Cuando el sol se fue, dejando todo el cielo oscuro, a las estrellas, yo sentía que cada vez estaba más cerca de ellas.

Mientras buscaba a mis amigos me topé con Wyatt y Nolan, los cuales iban peor que yo.

—¡Peyton! —gritó el rubio al verme—. Tú y yo nos tenemos que beber un chupito juntos —dijo este pasando un brazo por mis hombros—. ¿Qué prefieres, Vodka o Tequila?

—Evidentemente tequila —dije sin duda.

—Eres de las mías.

Con un chupito en cada mano brindamos.

—¡Por Cole! —dijo él tragándose todo de golpe.

Imite su acción, arrepintiéndome al instante. No debí haber ingerido líquido de más.

Me apoyé en la mesa y antes de darme cuenta Nolan ya no estaba. Delante de mí se encontraba un chico alto y moreno. No sabía quién era.

—¿Estás bien? —preguntó él a lo que yo negué. —Ven, vamos a un sitio más tranquilo. —Me cogió del brazo.

—No —dije como pude.

No creía que la mejor opción en mi estado fuera irme con un desconocido a no sé dónde.

—Vamos —insistió él.

Apenas podía mantenerme en pie, mis ojos empezaban a pesar y deseé estar en mi cama.

Me arrastró por toda la fiesta, estaba medio dormida, no era del todo consciente de lo que pasaba y no tenía fuerza para alejarlo.

—No quiero —fue lo único que pude decir.

Su agarre se volvió más fuerte y sus pasos más rápidos.

—S-suéltame, por favor —dije yo arrastrando tanto las palabras como mi cuerpo.

—Siempre he pensado que estabas muy buena —se limitó a decir.

—¿Quién eres?

Antes de que él me respondiera nos separamos bruscamente, yo me caí de culo al suelo. Mi vista estaba borrosa, pero juraba que veía a Cole.

Él cogió al desconocido de la camisa, levantándolo del suelo.

—No te quiero volver a ver cerca de ella —sus palabras salían como cuchillos—. Vete.

El desconocido salió corriendo. Cole se acercó a mí levantándome del suelo.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—Me encuentro mal—me quejé.

—Te voy a llevar a casa —me limité a asentir.

Con su ayuda entré en su coche, apoyándome inmediatamente en la ventana y cerrando los ojos.

—¿Qué has bebido? —preguntó una vez el coche estaba en marcha.

—He hecho cata de bebidas con Sienna —bostecé—. Dile que me quedo con el tequila —escuché su risa.

No sé cómo había llegado a mi cama, él aún estaba a mi lado.

—No te vayas —dije ya con los ojos cerrados.

—No me iré.

—¿Lo prometes?

—Te lo prometo, Peyton.

Esperaba que esa promesa no solo equivaliera a una noche, sino al resto de mi vida.

Capítulo 26

Debía admitir que me había vuelto una aficionada al *hockey*. Creo que entendía mucho mejor las reglas. Por lo menos ahora no se me hacía tan aburrido. También ayudaba el hecho de que iba bien acompañada.

Arjun, el padre de Cole, me explicaba todo lo que sucedía en la pista. Amelia, su madre, contaba las historias más vergonzosas de Cole. Sienna estaba centrada en acabarse la cerveza e insultar al árbitro un par de veces y Lily, la hermana pequeña, estaba más pendiente a sus peluches que a lo que sucedía.

En el primer descanso vi como tenía tres llamadas de mi padre, me alarmé al ver que aún seguía intentando contactar conmigo.

Me excusé diciendo que necesitaba ir al baño.

—¿Hola? —pregunté al contestar su llamada.

—Buenas noches, Peyton. Te llamo para informarte de que hace una hora me ha llamado el doctor. Tu abuela ha avanzado mucho, la vamos a ingresar en una residencia. Así que tu madre y yo vamos a volver a la ciudad, nos mudamos contigo.

Toda aquella situación, todas aquellas noticias me pillaron desprevenida. No supe qué contestar, no lo hice. Me limité a colgar la llamada.

Salí del estadio, necesitaba aire, aquel sitio con un aforo de casi diez mil personas se sentía pequeño.

No sabía qué pensar. Vi cómo cada paso en el que había avanzado retrocedía por dos. Pensaba que ya estaba preparada para todo esto. Pero nunca nadie lo está realmente.

Me subí en mi coche, no puse música. No quería pensar en nada. Solo quería llegar a casa, hacerme una bolita y llorar.

Al llegar a ella Lottie ya dormía, no quería despertarla. Nunca había sido consciente de que solo dormir bajo su mismo techo era un privilegio, uno que en unos días dejaría de serlo.

Todo estaba a punto de cambiar, la iba a perder, no del todo, su cuerpo seguía aquí. Pero ella, su misma esencia hacía tiempo que había muerto.

Durante mucho tiempo quise que mi esencia se fuese con la suya. Porque no quería una vida así, sin ella.

Hubiese hecho lo imposible para estar en su lugar, pero tampoco me hubiese gustado que ella me viese así. Ella ya no era consciente de la gran mayoría de cosas que sucedían.

Ella había dejado de ser ella. Ya no se le escuchaba cantar mientras regaba las plantas, sus galletas carecían a causa de la falta de ingredientes, los cuales había olvidado poner, su casa ya no se veía iluminada incluso en la tormenta más fuerte, su mirada ya no brillaba, la gran parte del tiempo la tenía perdida.

No creo que estuviese perdida en sus sentimientos, sino que estaba en un coma con los ojos abiertos.

No tenía noción del tiempo, todos los días eran los mismos, no recordaba dónde estaban sus gafas, su abrigo, ella misma no sabía dónde estaba.

Y yo estaba sentada en una esquina de mi habitación mientras mis lágrimas cubrían todo mi rostros, mi respiración era un huracán.

No sabía cómo vivir una vida que había soñado junto a ella.

Esto iba a pasar, lo veía más lejano de lo que realmente estaba.

Mi Lottie, mi querida Lottie. Ya no era mi abuela.

Ya no tendría quien me contase mil anécdotas de su juventud loca, quien me desearía buenas noches con un beso en la frente, quien me despertase con el desayuno ya hecho. No estaría la persona más importante, quien me levantaba cada vez que me caía.

Ahora debía lidiar con todo sola. Con todos mis problemas incluyendo a mis padres en ellos.

Ella era quien hacía que no saltase.

«—¡Sorpresa! —exclamó mamá mientras entraba por la puerta.

Yo abrí la boca asombrada. Hacía un mes que había sido mi cumpleaños y ni se dignaron a llamar o dejar un mensaje. Ahora estaban aquí como si nada, esperando que yo corriese hacía ellos.

—¿No vas a saludar a tu padre, Pey? —dijo papá mientras abría los brazos.

—¿Cuántos años tengo? —fue lo único que dije.

—Siete —respondió mamá algo extrañada.

—Tengo nueve, los cumplí el mes pasado. —No estaba enfadada, sino decepcionada.

—Sabes que trabajamos mucho, no siempre nos acordamos de todo —se excusó mi padre.

—Entiendo que olvidéis llamar e incluso escribir algo. Pero era mi cumpleaños, hace años que no venís ni os preocupáis por mí.

—¿Venimos de sorpresa y así nos tratas? —ahora era mamá quien parecía estar molesta conmigo.

—La sorpresa es que os acordéis de que tenéis una hija —solté sin mirarla.

—Siempre nos acordamos de ti, cariño —trato de arreglar todo papá.

—Eres una mal criada. —Mamá me miraba con asco.

—¿Crees que si me hubieses criado tú sería mejor? Lottie ha hecho vuestro trabajo y podéis estar agradecidos de que ella jamás ha reprochado nada.

—Te estas pasando mucho —mamá fingió que se le quebraba la voz —. Somos tus padres, no nos puedes hablar así.

Los ignoré. Me volví a centrar en mi cuaderno de mandalas.

—¿Acaso nos escuchas? —Mamá se puso frente a mi tirando el cuaderno al suelo—. Si no estamos aquí es porque no soporto ver al mayor error de mi vida.

Levanté la mirada esperando a que se disculpase por sus palabras. No lo hizo, en sus ojos no había ni una pizca de arrepentimiento. Rebosaban odio.

Me levanté y fui corriendo a buscar a Lottie.

—Cielo, ¿que ha pasado? —dijo preocupada al ver que estaba llorando.

Le conté todo entre lágrimas, ella se limitó a secarla con su pulgar.

—No les hagas caso. No han tenido la gran suerte de conocerte, estoy tan orgullosa de la mujer en la que te estás convirtiendo. Vas a hacer grandes cosas y prometo estar ahí presente en todas.».

Ya no lo iba a estar. Pero sabía que la iba a recordar en cada una de ellas.

Me levanté del suelo limpiándome las lágrimas. Al encender mi móvil vi que tenía cientos de mensajes, desde mis amigos hasta Cole. Quien me había llamado un par de veces.

Su último mensaje era diciéndome que cuando pudiese bajara a abrirle. Había venido hasta mi casa.

Bajé las escaleras tratando de limpiar toda mi cara y no dejar ni una sola prueba de que había estado llorando, aunque los ojos hinchados me delataban, como temblaban mis manos daban a entender que algo no estaba bien.

Nada más abrir la puerta Cole se acercó a mí rodeándome con sus brazos.

—Se va a ir —fue lo único que dije.

Todo el comedor se inundó en un doloroso silencio. Solo se escuchaban las lágrimas bajando por mi rostro. Aún abrazada a él alcé la mirada.

—¿Qué haré sin ella? —pregunté.

Sabía que no tenía respuesta a la pregunta. Nadie iba a encontrar una que me bastará.

Capítulo 27

El sentimiento de haber hecho algo malo y esperar la bronca que te iba a caer era semejante a esperar a mis padres sentada en el banco del porche.

Aún no podía creer que después de tanto tiempo se dignaron a aparecer. Dentro de unos meses cumpliría los dieciocho y su sueño se haría realidad. Ya no tendrían que fingir que se preocupaban por su hija.

Lottie estaba en casa de Bri, cocinando pasteles.

Un Porsche negro aparco detrás de mi coche. De él bajaron mis padres. Mamá iba con sus gafas de sol. Como si eso la hiciera esconder todo aquello que pensaba que había olvidado. En cambio papá sonreía, aparentaba que nada pasaba.

Yo permanecí sentada. No quería estar ahí. Viendo como ellos venían a un lugar que nunca fue suyo.

Sin decir nada me levanté y me fui hacia mi habitación. Minutos después la puerta se abrió, esperaba que fuese mi abuela. Pero eran mis padres.

—Hola, queremos hablar contigo. —Sin previo aviso entraron a mi habitación—. Ahora que vamos a vivir juntos creemos que lo mejor es que dejemos todos los problemas a un lado y tengamos una buena relación.

Para ellos sería fácil. Ahora que yo me iba querían que tuviéramos una buena relación. Fingir que nada había pasado. Sería tan fácil si yo no fuese la persona afectada.

Como querían que olvidase el papel que nunca ejercieron, aquel que ni siquiera recordaron que tenía.

¿Debía olvidar todas aquellas palabras que mamá me había dicho?

¿También olvidar cómo papá mentía diciendo que volverían en un par de días?

—Supongo que para vosotros debe ser muy fácil hacer como si nada. Vuestra conciencia por fin estará tranquila. Pero yo no puedo, no puedo perdonar a las dos personas que solo me dieron la vida y mil problemas. ¿Alguna vez habéis pensado cómo estaría una niña de ocho años celebrando su cumpleaños sin sus padres? ¿O cómo sería que ni siquiera se acuerden de llamarla? —dije con toda la tranquilidad que podía tener en aquel momento—. A mí no es a quien debéis pedir disculpas. Si no a la niña de ocho años que cada vez que veía a una familia unida por la calle lloraba.

Sin decir nada más me fui. Me subí en mi coche. Escuchando como me llamaban. No tenían ni mi número de teléfono y pretendían que olvidase todo.

Conduje hasta casa de Bri, no sabía dónde podía ir.

Cuando ella abrió la puerta me abrazó.

—¿Es por tus padres? —preguntó ella y mi silencio respondió por mí—.
Vamos dentro, he preparado un bizcocho muy bueno.

La seguí hasta el comedor, donde el olor a tarta llegaba. Olía a limón, era el pastel favorito de Lottie.

—Cuéntame, ¿Qué ha pasado? —Tomó asiento en un pequeño banco.

—Quieren que olvide todas las veces que ellos no han estado presentes o que me han hecho sentir mal. Me niego, sé que solo lo hacen para poder dormir tranquilos en casa. A mí ya no me duele tanto su ausencia. Pero es recordar todo lo que dijeron e hicieron cuando era tan pequeña, que no sería capaz de perdonarlos.

—Lo entiendo, Peyton. Se que ellos te hicieron mucho daño. Pero para que tú dejes a un lado todo ese dolor debes otorgar el perdón a tus padres.

Aunque sus palabras llevaban algo de razón no evitaba recordar las primeras veces que ellos se iban sin avisar.

«Salí corriendo de mi habitación. Quería que mamá viese el vestido que le había hecho a mi muñeca. Era idéntico a uno que ella tenía.

Busqué dentro, fuera, pero nada. No los encontraba.

—Lottie —llamé a mi abuela una vez la vi—. ¿Dónde está mamá?

—Se han tenido que ir por trabajo.

Era la segunda vez que se iban sin avisar. Sin despedirse de mí, quien se suponía que era su hija. Cuando estaban aquí tampoco era que me hiciesen mucho caso. Pero por lo menos los veía.

—¿Otra vez?

—Sí, pero estarán en tu cumpleaños, no te preocupes, cielo».

Nunca llegaron.

Lottie entró a la cocina con el delantal lleno de masa de bizcocho.

—¿Qué te ha pasado, cielo? —Se acercó a mí corriendo.

—Es por mis padres. Quieren que olvide todo lo que me han hecho.

—Sé que no es fácil aceptar las disculpas y aún más olvidar todo lo que te han hecho. Pero si aceptas sus disculpas, decides soltar todo aquello que arrastras por culpa de ellos, decides mirar hacia delante sin preocuparte de lo que hay detrás. No les facilitas la vida. Decides ser feliz —dijo ella mientras sostenía mi mano—. Me encantaría ver a toda la familia unida como antes.

Sus palabras hicieron que algo en mí cambiase. Tenía razón, seguir enfadada con ellos solo me hacía daño a mí. Perdonarlos era perdonarme a mí.

Capítulo 28

Hoy era mi última competición en el instituto. Había muchos ojeadores en las gradas. Ethan me había comentado que un par de ellos estaban interesados en mí.

Era mi única opción. Quería que esta fuese la mejor de todas. Después de cientos de competiciones, de trofeos y medallas, esta era la más importante. No solo estaba en juego la beca, sino poder darle a mi instituto una última victoria. Competían los mejores de cada uno, no era fácil ganar, pero tampoco imposible.

Miré hacía las gradas mientras me colocaba. Estaba Bri, mis dos mejores amigos, Cole y no tan lejos de él se encontraban mis padres. Me sorprendí, nunca me imaginé verlos aquí, animándome.

Cuando nos dijeron que nos preparásemos cogí aire. No estaba nerviosa, sino ansiosa. Había tanto en juego y un segundo lugar hacía que todo por lo que había estado luchando durante años desvaneciera.

—¡Piiiiip!

Salté. Sentí como mis piernas se convertían en una cola de sirena. Jure que mis brazos eran aspas en un molino donde el aire azotaba con fuerza.

Iba tan rápido que no era capaz ni de ver las baldosas.

Cuando estaba de vuelta vi que iba en cabeza con la chica que estaba en el carril de al lado. Nadé hasta que dejé de notar el dolor en mis brazos, en mis piernas y en mis pulmones.

Nada más llegar salí a coger aire, me quité las gafas y mire hacía las gradas. Mis padres aplaudían eufóricos. No sabía que un solo gesto era capaz de hacerte sentir tanto.

Miré las pantallas y mi vista se humedeció al ver que había quedado primera. Lo había logrado.

Salí de la piscina con ayuda de mi entrenador, quien me levantó del suelo poniéndome en sus hombros.

Sonreí con el corazón, aquel que me había susurrado que podía ganar.

Nada más salir del vestuario mis dos mejores amigos se acercaron a mí con un ramo de flores mientras saltaban.

—¡Eres la mejor! —Me abrazó Molly.

—¡Vamos a celebrarlo! —dijo Brody repitiendo la acción de la morena.

Seguidamente se unió a la celebración Bri, quien saltaba emocionada.

—Te he grabado para que Lottie lo vea —sonreí mientras lágrimas de felicidad salían de mis ojos.

Levanté la cabeza y vi a mis padres apartados. No solo les iba a otorgar el perdón por mí, sino también por mi abuela.

Les hice un gesto para que se acercaran. Ellos me abrazaron.

—Estamos muy orgullosos de ti, Peyton —dijo mamá emocionada.

—Muchas gracias por venir —dije de corazón.

—Hola, disculpad que corte la celebración. —Apareció un hombre bien vestido a mis espaldas—. ¿Ustedes son los padres de Peyton?

—Sí, somos nosotros —dijo papá con una sonrisa.

—Soy el entrenador de natación de la UBC, llevo tiempo viendo a su hija y nos encantaría contar con ella el año que viene —sus palabras sonaban como música.

—Sería un placer formar parte de su equipo —dije con una sonrisa.

—Nos pondremos en contacto contigo. Nos vemos el año que viene, Peyton —sin decir nada más se fue.

Me giré hacia mis amigos sonriendo.

—¡Enhorabuena! —Mis dos amigos casi me hicieron un placaje.

Había conseguido entrar en la universidad de mis sueños, haciendo lo que más amaba en el mundo. Nadar.

Al salir al *parking* vi como Cole me esperaba apoyado en su coche. Corrí a abrazarlo.

—Muchas felicidades, Bochner —dijo él acompañando las palabras con un pequeño beso.

—Me quieren coger en la UBC. —Me mantuve abrazándolo.

—Supongo que no me libraré de ti. Me ha fichado su equipo.

Mi sonrisa se ensanchó. Iba a poder estar más con Cole. Ambos íbamos a cumplir nuestro sueño de la mano.

—Te iba a preguntar si querías venir a cenar con mis amigos, pero supongo que saldrás a celebrarlo.

—No voy a hacer gran cosa. Venid a mi casa. Brody ha comprado mucho alcohol y necesitamos a Nolan.

—Está bien, ahora les aviso. —Me volvió a besar—. ¿Te llevo?

—Volveré con mis padres. —Frunció el ceño—. Lottie habló conmigo y he decidido perdonarlos.

—Me alegro mucho, se te ve más feliz.

—No sé por quién será —dije haciendo que él sonriera.

El camino hacía casa estuvo repleto de bromas, de contar historias y de hablar.

Nunca me había sentido tan unida a ellos como ahora.

Cuando llegamos a casa en la puerta había unos cuatro coches.

—Nosotros nos iremos a cenar fuera para dejaros más intimidad —comentó papá.

—Si queréis os podéis quedar —sugerí yo.

—Es tu momento, cariño, mañana saldremos a celebrarlo los tres juntos —asentí con una sonrisa.

Al llegar hacia la playa ya estaban todos mis amigos esperándome.

—¡Muchas felicidades, Peyton! —Sienna me abrazó—. Cole está muy feliz porque vayáis a la misma uni.

—Gracias. ¿Tú ya sabes a cuál irás?

—Haré un año sabático e iré por Europa conociendo los mejores bares.

Reí, era típico de Sienna.

—Un brindis por Peyton. —Nolan levantó su vaso—. Por la mejor nadadora y novia. —Le dio un golpe a Cole haciéndonos reír a todos.

No necesitaba nada más, estaba rodeada de personas que quería y me querían. Era todo lo que podía pedir.

Estaba al lado de mis dos mejores amigos, con los que estaba segura de que iba a envejecer, al otro lado estaban mis nuevos amigos, algunos más cuestionables que otros.

Y después estaba Cole, quien había hecho que aquellas flores que solo crecían con amor, florecieran. Quien me había dado luz en aquel túnel. No podíamos predecir el futuro y eso ya no me aterraba estando a su lado.

Estar sentados viendo como la luz de la luna brillaba en las olas oscuras de la noche me hizo recordar a una de las tantas conversaciones que tuve aquí con Lottie.

« Lottie se encontraba sentada a mi lado. Con una copa de vino. Mi vaso ya vacío tenía restos del chocolate caliente que me había preparado ella.

Mirábamos las estrellas, como algunas brillaban solas, como otras lo hacían en compañía.

—¿Cuando seas mayor qué te gustaría ser? —me preguntó.

Con tan solo quince años no sabía qué responder a eso. No tenía ni la menor idea de qué quería hacer en un futuro. Solo esperaba aún poder sentarme a su lado, en estas sillas viejas de madera, donde la pintura se había empezado a caer y hablar de cualquier cosa.

—No lo sé. Pero quiero que tú estes a mi lado.

—Siempre voy a estar y aunque aún no sé qué día me iré... Cuando mi cuerpo ya yazca siempre te acompañaré, siempre estaré a tu lado».

Sabía que ya no existía un futuro con ella. Pero también era consciente de que ella estaría a mi lado siempre.

Capítulo 29

Había llegado el día. Hoy iban a ingresar a Lottie en la residencia.

Cole insistió en acompañarme. Aunque me negué él acabó viniendo. Sabía que lo necesitaba. Necesitaba tenerlo a mi lado, un hombro donde llorar.

—¿Dónde vamos? —preguntó mi abuela que se encontraba sentada entre él y yo.

—Vamos a pasar el día en un hotel —dijo papá tranquilizándola.

No queríamos decirle la verdad. No sabíamos cómo iba a reaccionar. No queríamos ver la tristeza en sus ojos.

Desde el centro, la psicóloga nos había dicho que era mejor no decirle a dónde iba. La situación podría volverse más violenta y dolorosa.

Aunque para muchos el hecho de llevar a un familiar a una residencia era una forma de abandono, no lo era.

Era darle una mayor seguridad, aunque ahora en casa éramos tres, ninguno estaba preparado para cuidar a alguien con demencia.

El apego que podemos llegar a tener a alguien tan cercano muchas veces nos supera. Y realmente nunca nos damos cuenta de la importancia de aquella persona en nuestra vida hasta que la perdemos o nos distanciamos.

Al llegar al centro mi corazón se encogió. Ahora todo era real. Aunque desde fuera parecía más un hotel que una residencia.

Nada más bajarnos del coche Cole me buscó. Me dio su mano en forma de apoyo. Él sabía que no había palabras que pudieran amenizar la situación. Pero saber que él se encontraba a mi lado ya era de gran ayuda.

—Espéranos aquí. ¿Vale? —me dijo papá y yo asentí.

—No tardaremos mucho, cariño. —Mamá dejó un pequeño beso en mi frente.

Habían decidido que no entrase. Así me ahorra un trauma más. Aunque siendo sincera en un principio me opuse, acabé entrando en razón y preferí verla por última vez en su versión más serena

—¿Puedo darle un abrazo? —Mamá asintió con una pequeña sonrisa.

Tratando de ocultar mis lágrimas me acerqué a ella. A quien había sido mi compañera de vida, mi madre, mi todo.

Para Lottie solo era un abrazo más. Para mí era la única forma en la que podía expresar todo el amor que le tenía.

Ya no podía utilizar las palabras, ella las iba a olvidar.

Sonrí cuando vio que abría los brazos. No dudo en acercarse a mí.

Lo disfrute. Olí su perfume, aquel que me ponía a escondidas cuando era pequeña.

—Te quiero mucho, Lottie —dije mientras las primeras lágrimas salían.

—Yo más, cielo, no lo olvides —sus palabras hicieron que sonriera.

Una vez nos separamos papá asintió cogiendo de la mano a Lottie. Vi cómo se alejaban. Como ella se iba. Sus pasos se veían lentos y pesados.

—¿Por qué no viene Peyton? —preguntó Lottie al ver que yo no avanzaba con ella.

Un sentimiento de culpa me invadió. Quería acompañarla. Siempre lo había hecho.

—¿Estás bien? —preguntó Cole al verme mal.

—La voy a echar mucho de menos. —Me abrazó.

—Ella va a estar en un lugar mucho mejor. Puedes estar tranquila, estará en buenas manos —me tranquilizó—. Hará muchas amigas y podrás venir a visitarla siempre que quieras.

Era consciente de que no era la única afectada. Bri me había llamado esa misma mañana, diciéndome que le diese un gran abrazo de su parte.

Ella no estaba bien, lo noté en su voz. Iba a extrañar a quien había sido el amor de su vida en forma de amistad.

Briella y Lottie habían vivido tantas cosas que ahora mi abuela apenas recordaba. No solo me dejaba a mi sola, sino que a ella también. No tenía un gran número de amistades, su vida era Lottie y la vida de Lottie había sido Bri.

Yo había perdido a mi abuela, ella había perdido a su mejor amiga.

No era una despedida, no a su cuerpo. Era un hasta luego. La iba a volver a ver, pero no sabía en qué condiciones.

No sabía si el Alzheimer iba a alcanzar la etapa tres.

No sabía si me iba a reconocer.

No sabía si la vería mejor.

No sabía si ella seguiría siendo mi abuela o solo quedaría la palabra.

Aquel día su mirada se apagó. Nunca más vería el brillo de la que una vez fue mi abuela.

Y algo en mí murió. Una flor se marchitó, porque quien hizo que floreciera con amor, había de alguna forma, cortado ese vínculo.

Capítulo 30

Habían pasado cuatro meses desde que habían ingresado a Lottie en la residencia.

Todo un verano, mi primer verano sin ella. Mi primer verano con Cole.

Fue extraño, a la vez que entretenido. No sabía qué sentir, no sabía si debía sentir algo.

Dentro de poco iba a empezar la universidad con él. Iba a estudiar medicina.

No la pude salvar a ella, intentaría salvar a otras personas.

La casa se sentía vacía. No olía a masa para galletas, nadie me regañaba si llegaba llena de arena y ensuciaba las alfombras, no tenía con quien hablar por las madrugadas y quien me deseara buenas noches con un beso en la frente.

Extrañaba su presencia, cómo esta me hacía sentir.

Era la primera vez que la iba a ver desde su ingreso. La psicóloga del centro nos recomendó que para su inserción era mejor darle unos meses para habituarse a la medicación, al entorno y a su nueva rutina.

Iba acompañada de Cole. No sabía qué esperarme. No me había preparado para ninguna situación.

La doctora Chen dijo que no estaba en mis manos, no debía preocuparme por algo que no estaba en ellas.

Una vez dentro busqué a Lottie con la mirada. Había centenares de abuelos en su planta.

Me preguntaba cuántas personas más habían estado en mi situación.

Era injusto ver a un ser querido así, nadie lo merecía.

Encontré a mi abuela sentada al lado de una mujer de pelo corto y blanco.

Ninguna de las dos hablaba, solo se miraban mutuamente, como si se estuvieran preguntando quien era la otra.

Las lágrimas de emoción empezaron a salir. Tenía muchas ganas de verla y poder hablar de todo lo que había pasado en ese tiempo.

—Lottie —la llamé haciendo que ella se girara.

Su mirada lucía apagada y confundida.

Como si de cuchillos se trataran, sus palabras me atravesaron.

—¿Quién eres?

Me quedé helada.

No esperaba esta reacción. Pensaba que correría a abrazarme una vez me viese.

Era extraño verla preguntar quién era. Quién era la persona con la que había amanecido durante diecisiete años. Aquella con la que había vivido tanto y pensó que aún les quedaban cosas por vivir.

¿Quién era?

Esa era mi pregunta.

¿Quién era para ella?

Seguramente una desconocida, alguien a quien no recordaba.

—Soy Peyton, tu nieta —dije, tratando de aguantar las ganas que tenía de llorar.

—¿Quién? —Esa misma pregunta hizo que no aguantaste más y empezase a llorar.

Cole puso una mano en mi hombro.

—¿Por qué lloras, cielo?

Cielo.

Aquel apodo que siempre utilizaba para dirigirse a mí, salía de la boca de una persona que no conocía. O más bien, aquella que había olvidado quién era.

No aguante más su mirada. Aquella que no era capaz de reconocer. Ella no era capaz de hacerlo.

Siempre había pensado que estaba preparada para este día. Pero en aquel momento me di cuenta. Nadie realmente lo estaba. Ninguna persona hubiese podido afrontar un momento como este.

Era duro, porque nadie te preparaba para ver a alguien al que quieres así. Para ver cómo poco a poco se iba olvidando de todo y como no podías hacer nada. Solo podías quedarte sentado viendo cómo todo sucedía a un paso lento y doloroso.

Ella se mostraba algo apenada al no poder recordar quién era. Me sabía mal por Lottie. Al final no era su culpa, nada de esto lo era. Solo había un culpable. El Alzheimer.

La enfermedad no mataba a nadie, no paraba el corazón de inmediato, pero mataba algo más importante. Los recuerdos, aquello de lo que vivimos y lo que nos hace ser las personas que somos.

Era una desconocida con muchos recuerdos en su corazón, pero ninguno en su memoria.

Fui a casa de Cole, no quería hablar con nadie, no tenía fuerzas para hacerlo.

Él apareció por la puerta con un trozo de papel. Uno que aparentemente se veía viejo.

—Tu abuela me dio esto. Me pidió que te lo diese cuando ella no se acordara de ti. —Me extendió aquella hoja.

Con las manos temblorosas y el corazón en la garganta empecé a leerla. La carta decía lo siguiente:

Querida Peyton,

Si te encuentras leyendo esto, es porque muy a mi pesar ya no recuerdo tu nombre o quién eres.

Le pedí a Cole, un chico maravilloso, que te diera esta carta.

Me encantaría que lo conocieras. Creo que haríais muy buena pareja. Él es todo lo que buscas, quizás llegué a ser mi reemplazo. Está más bueno, eso lo aseguro.

Nos trata como a humanos, no como enfermos, y eso es algo muy difícil aquí dentro.

Siendo honesta, me gusta mucho para ti.

Primero, quiero disculparme. Sé que no te habrá sentado nada bien verme preguntar quién eres.

Siento ser la causante de tus lágrimas y no poder secarlas.

Me encantaría poder abrazarte y decirte que todo mejorará. Aunque ambas sabemos que eso ya no es posible. Durante años te he preparado para que seas fuerte para todo. Pero tuve un fallo, no te preparé para perderme. Quiero que sepas que no lo has hecho, siempre estaré contigo. Cuando veas una flor, una copa de vino, las estrellas... Me verás a mí, a tu abuela.

No quiero que te lamentes o derrames una sola lágrima por eso.

*Aún en mi corazón eres la niña de mis ojos, mi sirena, mi cielo, **mi lirio**, eres y serás siempre todo para mí.*

Quiero que sigas sonriendo por todo, que sigas disfrutando de cocinar, nadar, jugar a juegos de mesa con tus amigos y sobre todo que sigas riéndote por cualquier cosa.

Una vida tan gris como esta necesita a personas como tú, que iluminen un mal día a cualquiera.

Desde que eras una bebé sabía que habías venido a cambiar el mundo y doy fe de que lo harás. Tu primer logro fue cambiarme la vida a mí. Me diste la hija que jamás pude tener.

No sabes el honor que ha sido poder verte crecer a mi lado. Poder disfrutar de alguien como tú.

Iluminaste mi vida cuando el amor de la mía se fue. Tu siempre sostuviste mi mano y me consolaste cuando yo pensaba que nadie me escuchaba.

Una vez me preguntaste cuál era mi mayor miedo y te contesté que era morir sin poder hacer todo lo que quería.

Y lo único que he podido querer estos años ha sido que tú seas feliz.

Prométeme que lo intentarás ser. Es difícil hoy en día serlo. Pero todo aquel que te conoce se enamora de ti, no solo por tu belleza exterior, sino por aquella que solo los privilegiados logran conocer.

Sé que habrás pensado alguna vez que tu vida sin mí a tu lado no tiene sentido.

Pero ahora es cuando empieza tu vida. Cuando creas tus propias historias, te enamoras, te rompen el corazón, ganas las olimpiadas, viajas y te enamoras de ti misma.

Brielle es un gran ejemplo. Ella decidió enamorarse de la única persona que jamás le fallaría. De ella misma.

Hazle compañía, aunque siempre diga que ama su soledad sé que me va a extrañar.

Jamás te arrepientas de nada. Porque nuestros actos son los que nos hacen ser como somos.

Habrán caídas duras, que te harán dudar de tu valor. Pero, recuerda, no importa la caída, sino cómo te levantas de ella.

Viendo el lado positivo, seguramente haya olvidado aquel día en el que ensuciaste toda la casa de barro. Una victoria para ti. Una derrota para mí.

Aunque ahora mi memoria se encuentre silenciada en cada estrella, en cada ola, en cada flor, en cada mariposa y en cada atardecer mi corazón se acelera. Porque aunque ya no te recuerde mi corazón lo hace y en él aún existes.

Sé que el tiempo pasará, las hojas volarán y cuando escuches mi nombre recordarás aquel momento donde no supe reconocer. Pero espero que en un tiempo tu corazón haya sanado, tu mente haya aceptado y tú hayas avanzado.

Se que serás la mujer de la que siempre me hablaste. No serás como yo, serás mucho mejor.

Te deseo lo mejor de todo corazón.

Estaré contigo en cada momento, a tu lado.

Te quiero mucho, no lo olvides.

Lottie.

Aún podía oler su perfume en el papel. Me la imaginé a ella escribiendo aquello. Cómo había tenido que sentirse.

El dolor en cada letra, cómo había algunas marcas de agua.

Lottie siempre fue fuerte. Aun sabiendo que ya no servía de nada serlo.

Cole me abrazó, no sé cuánto tiempo duramos así. No podía hablar. Ella ya lo había dicho todo.

El me vio desnuda aquel día, y no hablo de que me viese sin ropa, sino que fue la primera persona después de mi abuela que me vio con el corazón en la mano.

Tal vez no lo viese en un inicio. Pero mi corazón pensaba que ella fue quien lo envió para reemplazarla.

Aunque sabía que ese lugar permanecería eternamente vacío. Porque solo era para Lottie.

Mi Lottie.

No podría empezar a agradecer nada sin darle las gracias de todo corazón a mi mejor amiga.

Maria, gràcies per animar-me a dur a terme el llibre, per sempre escoltar-me i ser la primera a aplaudir-me, ets la meva Molly.

A mi madre, quien siempre fue mi gran inspiración y la primera en abrirme las puertas al mundo de la escritura. Quien seguramente ha aguantado más que nadie durante este proceso y siempre ha estado dispuesta a darme su mano.

A mi hermana, quien parecía que me ignoraba, pero siempre escuchaba mis ideas, aunque fuese la misma mil veces.

A mi padre, quien me ha mirado durante todo el proceso con admiración, con esa devoción que sentía Lottie por Peyton.

Sobre todo a mis amigos. Gracias por aguantarme durante estos meses, unos más difíciles que otros, pero siempre siendo una de las fuentes más grandes de inspiración. Por escucharme leer todo aquello que escribía y aun así pedirme que leyese algo más.

Gracias a la escritora S. F. Tali, quien conocí durante este proceso y fue de gran ayuda.

A la psicóloga Virginia Burgos, por mostrarme su bonito trabajo y el cariño con el que lo hace. A las enfermeras del centro Blau Almeda, por dedicarme un tiempo a hablarme sobre su trabajo. Uno muy duro, bonito y poco remunerado.

A Gisela Martín, quien me ayudó en un inicio y ha hecho realidad la portada de mis sueños.

A correcciones Ohana por pulir y aconsejarme en todo.

A mi tutora del Treball de Recerca. Este libro es tanto mío como tuyo, Gemma.

Y por último, quiero agradecer a todas aquellas personas que me han inspirado en la calle. No las conocía, pero un gesto, una mirada o una palabra fue suficiente para inspirarme. Muchas gracias.

El 24 de agosto de 2023 ella no recordó mi nombre. Cinco letras. Una vida juntas. Se fue.

9 de septiembre de 2025, aún recuerdo aquel día como si fuese ayer. No fue ella quien me hizo llorar, fue aquella maldita enfermedad. El Alzheimer se llevó a mi persona favorita, escribo esto como recuerdo de lo que fue y siempre será en mi vida.